BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

NOSOTROS, LOS CONTAMINADOS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

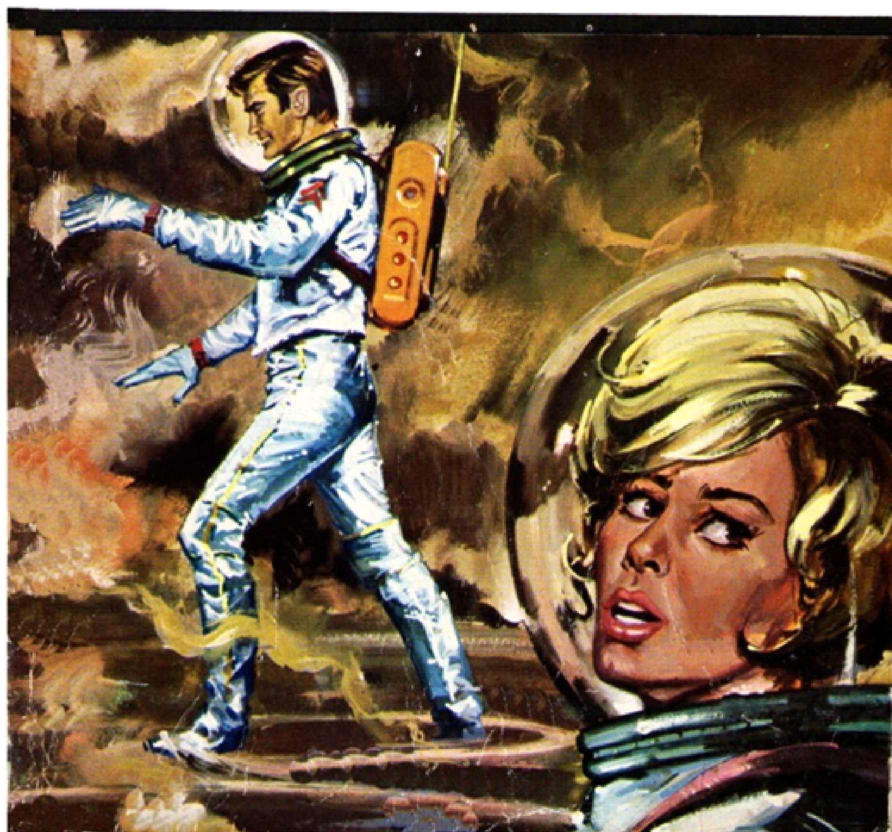
SERIE

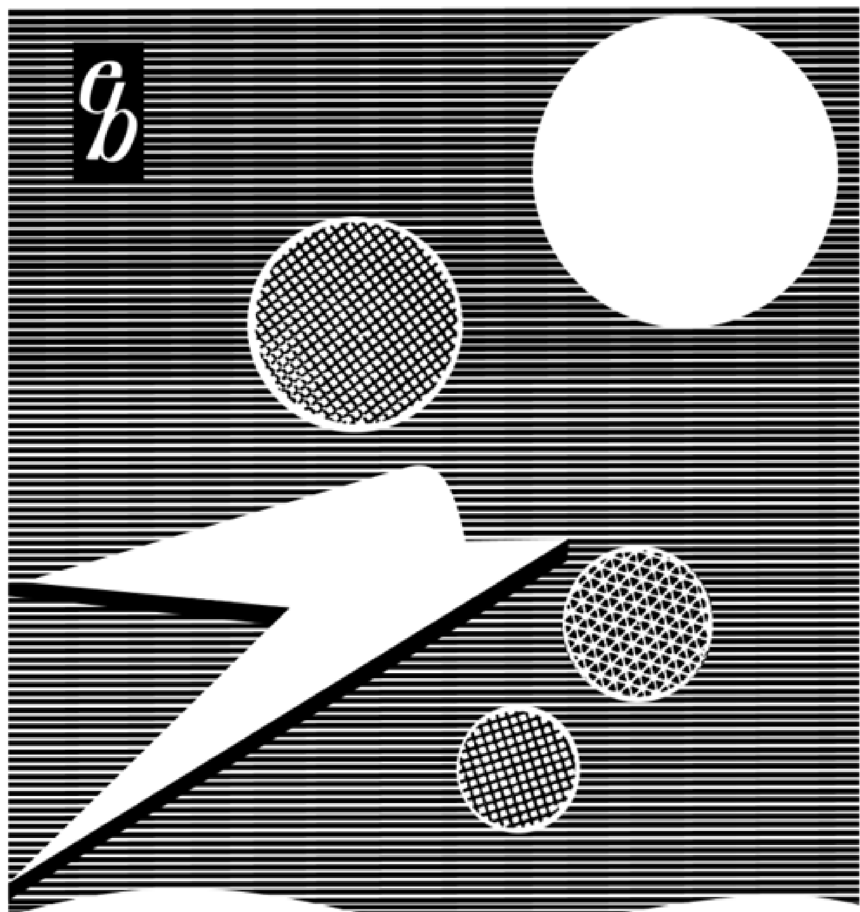
la conquista DEL ESPACIO

NOSOTROS, LOS CONTAMINADOS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

201. — Largo viaje hacia la nada. — ***Curtís Garland.***

202. — El gran ojo. **—** ***Glenn Parrish.***

203. — El más astuto de los terrícolas. **—** ***Ralph Barby.***

204. — Titanes de vida eterna. **—** ***Curtís Garland.***

205. —ultradiamantes. — ***Clark Carradas.***

CURTIS GARLAND

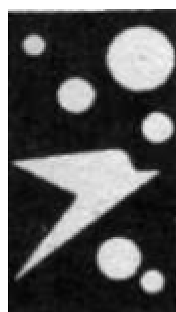
NOSOTROS, LOS CONTAMINADOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO *n.*° 206

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02.02525-0

Depósito legal: B. 22.678 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva. 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

«La marcha hacia la muerte ha comenzado. La primera advertencia la hizo Freud antes de Hitler... La segunda advertencia la hizo Hiroshima y la continúa, de un modo casi inaudible, el tictac de las pequeñas bombas francesas en Muroroa. La tercera... fue la alarma demográfica desde Sauvy hasta Ehrlich, que reveló el crecimiento exponencial de la población, ya antes que el de la industria, siendo ésta la cuarta advertencia: la advertencia ecológica.»

Edgar Morin

CAPÍTULO PRIMERO

Supe justamente entonces que él se había vuelto uno de «ellos».

Era uno más, después de todo. Pero era mi amigo. Mi mejor amigo. Y eso cambiaba notablemente las cosas…

Salió gritando, con un alarido horrible. Lo hizo antes de que yo pudiera evitarlo. No me fue posible impedir que pisara el exterior, que intentara evadirse por las calles. Evadirse de algo que le aterrorizaba. Me pregunté dónde podía estar ese algo, puesto que lo llevaba consigo mismo…

Pero lo cierto es que trató de hacerlo. Y ese fue su mayor error.

La Guardia Nacional estaba en el exterior. Montaba guardia permanente en todas las calles y avenidas. Su orden era tajante: disparar contra cualquiera de «ellos».

Cuando oí los disparos, supe que le habían visto. Luego, llegó su grito. Y supe que no había podido escapar. Ni de sí mismo, ni de cosa alguna que le asustara. Le habían alcanzado. Le habían abatido. Ellos siempre acertaban. Eran tiradores excepcionales. Hay quien hace de su vida un oficio. Ellos habían hecho de su vida esa clase de oficio: matar por encargo. Por encargo del Gobierno. Es un trabajo como otro cualquiera. No muy rentable, pero un trabajo.

No supe si lamentarlo o alegrarme de ello. Era un procedimiento salvaje y brutal. No resolvía nada, pero terminaba con una pesadilla. No impediría que hubiera otros, que es lo que hubiera tenido un sentido constructivo, pero cuando menos acababa con la tragedia de un hombre. Y así de otros. Y otros…

Todos debían morir. Cuando aquello sucedía, era inexorable la

ley.

La ley siempre ha pretendido ser inexorable. Todos sabemos que eso no es cierto, pero hay gente que se ha engañado a sí misma a través de los siglos, pensando que era un axioma eso de que la ley es justa y nadie escapa a ella. Me sobran argumentos para oponerme a esa teoría. Sólo que nadie me escucharía. No me reportaría bien alguno decir algunas de mis verdades. La verdad es una de esas cosas que nadie quiere oír. Y cuando ese alguien tiene la fuerza y el poder, la cuestión se torna delicada y difícil. Incluso peligrosa para la propia seguridad.

Pensé en mi amigo. Respiré hondo, cerrando los ojos, cuando afuera se hizo el silencio absoluto. Todo había terminado, sin duda. La Guardia Nacional nunca fallaba en cosas así. Y las órdenes eran demasiado estrictas para que ellos las tomaran a la ligera.

Me acerqué al espejo donde él se mirara un momento antes. Me contemplé, pensativo. La superficie me reveló una imagen normal de mí mismo. Me toqué el rostro, estudiándome de modo minucioso. Sentí un cierto alivio. Yo, cuando menos, no era uno de... de «ellos». Todavía no.

Miré a través de la ventana. No descubrí apenas nada, salvo la niebla densa y grisácea que envolvía los contornos urbanos. Afuera, en algunos puntos de la ciudad, los altavoces de la policía militar transmitían mensajes y órdenes estrictas, que todos estábamos obligados a seguir al pie de la letra. En otros puntos se percibían lamentos y quejas de algunos ciudadanos. Imaginé sus motivos, y me estremecí, tratando de no oírlos. Me alejé de la ventana, dirigiendo una ojeada de hastío al graduador climático de mi gabinete.

El nivel actual interior, en la vivienda, era de dos, cero ocho. Todavía se podía tolerar apreciablemente. Los expulsores de purificación y los aerosoles de atmósfera artificial luchaban a tope. Podía oír sus bufidos sibilantes, proyectando aromas y emanaciones suaves, de aire purificado.

Todo eso ayudaba algo, pero no mucho. Me encaminé despacio a un asiento. Me acomodé en él. Traté de olvidarlo todo un poco. Incluso traté de olvidar a mi amigo, pero eso era mucho más difícil.

Hacía unos momentos aún estaba allí. A mi lado. Ahora...

Apreté los labios. Me levanté de un salto. Caminé hacia la puerta. La abrí y salí al exterior, tras tomar mi máscara reglamentaria.

La ajusté a mi rostro, hundiéndome en la bruma espesa y gris de la calle.

Es lo que debía haber hecho desde un principio, pero me había faltado valor. Sentí un poco de vergüenza de mí mismo por ello. Pisé la acera. Un soldado me detuvo. Sentí el choque de su fusil en mi pecho.

— ¿Adónde va? —preguntó, escueto.

—Un amigo mío... —dije, con la voz extrañamente deformada por el sistema acústico de mi máscara—. Acaba de... de ponerse enfermo. Ha salido.' Oí disparos...

—Entiendo —asintió el soldado. Era un miembro de la Guardia Nacional. Vi cara a cara su propia máscara azul. Tras unos vidrios convexos, unos ojos fríos y agudos me estudiaron. Observaban mi máscara, bien ajustada. Eso era algo que, bien lo sabían los soldados, no podía en modo alguno conseguir uno... uno de «ellos». Se hizo a un lado, bajando el arma—. Pase. Pero no se aventure más allá de la segunda manzana. Hay un grupo de rebeldes acuartelados. No quieren aceptar la Ley Ralston. Ya sabe cómo son esa pobre gente...

Esa pobre gente...

La Ley Ralston...

Era terrible oír hablar de todo eso con tal ligereza, con tan epidérmica importancia, cuando de ello podía depender el futuro. El futuro de todos. De todos nosotros, en suma.

Era razonable, humanamente razonable, que los seres vivientes se negaran a obedecer la famosa y terrible Ley Ralston. Quizá fuese justa, yo no podía saberlo entonces. Pero no era admisible que nadie la aceptase de buena gana, cuando le afectaba a él mismo. Y la «pobre gente» a la que aludía el miembro de la Guardia Nacional... estaba muy directamente afectada por esa situación y sus consecuencias más directas.

Me alejé del soldado. Caminé calle arriba, hacia donde veía un bulto sobre la calzada, completamente inmóvil. No había la menor duda de que se trataba de él. De mi amigo.

Mi amigo...

Le contemplé, ahora de cerca. Di vuelta a su cuerpo. Estudié su

rostro, su expresión última, en la que le sorprendió la muerte…

Cerré los ojos. Sentí correr el sudor sobre mi rostro, mientras la niebla apelmazada parecía adherirse a mi cuerpo y a mis cabellos, lo mismo que una pasta fétida y viscosa, que flotara sobre todo y sobre todos, enroscándose virtualmente en torno a uno, hasta filtrar un frío maloliente a través de los poros de la piel humana.

—Pobre amigo mío… —murmuré—. Dios mío, ¿cuándo terminará este horror?

Sabía que mi lamento carecía de sentido. El horror no terminaría. No podía terminar. No había hecho más que empezar, con todas sus terribles e infinitas consecuencias. Pensar en detenerlo, en frenarlo de alguna manera, era soñar en imposible.

Me incorporé. Estaba muerto. Le habían «cazado» de modo irremisible. Una bala de un fusil de la Guardia Nacional le sorprendió en su evasión imposible, desesperada, terminando con ella y con su vida. Yo no podía saber entonces si eso era bueno o era malo, si mi pobre amigo había salido ganando o perdiendo con ello, porque a partir de allí, de aquel momento, toda vida humana era una nueva senda, más atroz y más difícil, con rumbo a ninguna parte.

Y una bala, después de todo, podía ser un final piadoso aunque indigno.

Indigno, porque la sociedad, nuestra sociedad, tuvo que prever mejores salidas para momentos así. Soluciones preferibles a la fría matanza en nombre de la ley. Lo mismo que una pena capital cumplida conforme a la helada mecánica de la justicia, no será nunca un castigo digno ni un ejemplo válido para nadie, y dará a esa justicia un paralelismo penoso con el propio criminal, al matar a sangre fría a un ser humano, con todas las agravantes justificadas pobremente por los tecnicismos legales, de igual modo un hecho cierto y terrible, una realidad ya prevista de antemano, no puede ser frenada por la violencia de las armas, aunque éstas se hallen al servicio de la ley. Esa ley debió, anteriormente, buscar un medio de lucha que salvara las vidas y combatiera el mal.

No había sido ese el caso, lamentablemente. Yo lo sabía, lo mismo que aquellos plañideros rebeldes acosados y acorralados por los soldados con orden de matar. Estaba seguro del inexorable fin de toda resistencia humana. Una sociedad, por angustiada y desesperada que se halle, nunca podrá combatir a una fuerza paramilitar, dedicada

a su exterminio sistemático, sea cual fuere la razón o el pretexto de su represalia.

Mi amigo era solamente eso: una víctima más del gran error de imprevisión, torpeza y abandono de unos gobernantes, ante lo inevitable a corto plazo. El sabía, apenas se vio en el espejo, que todo estaba perdido. Lo demás, incluso su muerte, ya no significaba mucho. Había muerto en el momento mismo en que se inició la temida transfiguración. Eso lo sabía él, lo sabía yo, lo sabíamos todos...

Habíamos visto antes casos así. El suyo era solamente uno más. Lo malo de nosotros, los que componemos esta sociedad nuestra de hoy, es que sólo concedemos importancia a algo, cuando ese algo nos toca directamente. Mientras tanto, no pasa de ser una noticia, una referencia lejana, que resbala por la insensible epidermis de nuestra época.

A veces, está bien que sea algo más que todo eso. Que la realidad, virulenta y terrible, nos toque de modo directo y nos afecte. Es trágico, irremisible quizá. Pero es lo único que nos acerca un poco a ese gran núcleo olvidado y despreciado por todos y cada uno de nosotros que es... justamente nuestra humana condición, nuestra especie y nuestra sociedad.

Me aparté de él lentamente. Ni siquiera le cerré los ojos. No hubiera podido hacerlo. No era un cadáver como los demás. No era lo que habían sido hasta entonces los cadáveres, los difuntos que todos habíamos conocido. Eso era lo malo. Todo era diferente. Todo tenía un matiz distinto, maldita sea.

Regresé a casa. Cerré la puerta, y hasta pasé el pestillo y el cerrojo de segundad. Era ridículo, porque no había enemigos físicos, ni monstruos que pudieran atravesar aquella débil frontera. Ni tan siquiera fantasmas que se filtrasen por las paredes. El enemigo era algo más, mucho más que todo eso, desgraciadamente para nosotros.

Según Matthieson, habría un futuro de vampiros. Para otro autor, serían simples «babosas» o sanguijuelas adheridas a la espalda de uno... (1) Siempre se había especulado —negativamente, y de modo pesimista, por cierto—, con nuestro futuro, con el demoledor «mañana» de la especie humana.

La realidad iba más lejos. Mucho más lejos. El hombre solitario Je Matthieson, o los eficientes policías científicos de Henlein, no tenían nada que hacer ante esto. No se trataba de salir a clavar estacas

a nadie, o de desnudar a la gente para localizar «babosas» llegadas del espacio exterior. Todo era mucho más simple y verosímil. El mal estuvo en nosotros mismos, y no en los agentes externos o en las mutaciones relacionadas con los entes enemigos del ajo, las estacas, los crucifijos y la luz del día.

Y el mal se había desencadenado entre nosotros, fatal e irremisiblemente. De ello hacía poco, muy poco tiempo. Pero su velocidad de expansión e incluso sus cifras, eran de una magnitud aterradora.

La gran amenaza había sido' denunciada a veces, pero nadie se la tomó demasiado en serio, salvo aislados casos. Cuando llegó, todos comprobaron, con terror, que era demasiado pronto para ellos y sus métodos de defensa... y demasiado tarde para paliar o frenar sus consecuencias.

Ahora, tras la muerte de mi amigo, me dije que todo llevaba la peor traza imaginable.

Y en la soledad de mi vivienda, aislado sólo en un modo relativo del ominoso exterior, tras colgar mi máscara de Ciudadano Civil con Número, sentí realmente miedo.

Miedo por mí mismo. Miedo por los demás.

Miedo por todos...

Por todos nosotros, naturalmente.

* * *

— ¿Miedo, Cornel?

(1) *Alusión a* ***Soy leyenda,*** *de Matthieson, y a* ***The Puppett*** *Masters, de Roben A. Henlein, obras de ciencia ficción de muy distinta ideología y criterio, pero con ciertas afinidades en cuanto a su pesimismo concreto sobre el futuro de la Humanidad.*

—Sí, Jennie. Miedo. Un miedo terrible, si he de serte sincero.

—No esperaba que tú, precisamente tú, sintieras eso…

—No puedo evitarlo. Es algo que me domina. Algo que está en mí. Quisiera evitarlo de alguna manera, para serte sincero. Pero después de lo de Gaart…

—Gaart… —repitió ella, con un suspiro. Bajó la cabeza—. Dios mío, Cornel, no puedo entenderlo… El… él tomó ese medicamento…

— ¿El suero Wax?

—Sí, el suero Wax —repitió ella, afirmando con energía—: Dijeron que ofrecía muchas posibilidades…

—Ya viste que no. Es sólo una vacuna más. Sin eficacia alguna. Sin soluciones para nada. Un fracaso clínico, en suma.

—El tuvo fe en sus resultados…

—El se equivocó, Jennie. Ahora, Gaart está muerto. Y yo sé cómo murió. Yo vi su cadáver. Puedo asegurarte que la vacuna Wax… fracasó totalmente en él.

— ¿Le… le viste bien?

—Sí —dije, con un hondo resoplido.

— ¿Estaba… estaba…?

—Como los demás —asentí—. Estaba afectado por el mal. Sólo adelantaron su agonía, Jennie. Eso fue todo, con ser tan malo.

—Dios mío… Gaart, que ayer reía y se envanecía de ser tan fuerte… El estaba seguro de desafiar todo lo imaginable, de salir con bien de esto…

—Lo recuerdo de igual modo que tú. Pero no salió con bien. No desafió a nada ni a nadie. La dolencia le venció. Era… era uno de «ellos», cuando las balas del arma de un miembro o dos de la Guardia Nacional le alcanzaron…

— ¿Eso es humano, Cornel?

—No lo sé, Jennie. Me lo he preguntado a mí mismo muchas veces en estas últimas horas. No sé nada. No podría asegurar que fuese humano…, pero era legal. Eso lo explica todo, ¿no?

—Para la ley, tal vez. Yo no soy la ley, Cornel.

—Yo tampoco, Jennie. Pero nadie va a darme otra explicación mejor. Es preferible admitirla como buena. Y callar.

Ambos permanecimos en silencio unos instantes. Sabía lo que pasaba por la mente de Jennie. Ella pensaba igual que yo sobre muchas cosas. En aquella atmósfera deshumanizada y hostil, aún quedábamos algunos que nos preocupábamos por los demás. Quizá porque, en el fondo, nos preocupaba tanto nuestro propio destino, nosotros mismos y nuestro ciego caminar hacia alguna parte que no podía ser, en modo alguno, agradable ni sugestiva.

Delante de nosotros, la pantalla mural de televisión permanecía muda y sin imagen. No nos atraían los programas televisados. No merecían la pena. Serían falsas proclamas políticas, llamando al orden, o noticias sombrías y amenazantes, salpicadas con las disquisiciones pesimistas y aterradoras de los ecólogos.

Nos conocíamos muy bien todo eso, y no queríamos saber más de todo ello. No ahora, cuando menos. La palpable realidad estaba en todas partes: en las calles, en nuestras casas. No era preciso buscarla en la imagen policromada de la televisión mural, con su gigantesca pantalla curva, remedo de los viejos cinematógrafos, ya en desuso.

Jennie se encaminó al mueble-bar. Presionó un recorte, y emergió en la cabina de vidrio un vaso alto, que fue llenándose automáticamente con el combinado. Miré todo eso, con cierto desinterés, y me encogí de hombros.

—Será inútil —dije—. No sabe a combinado. Ni el whisky sabe a whisky, ni los zumos de fruta saben a fruta, Jennie.

—No es ninguna novedad. Desde que se implantó el Código Alimentario Hartwell, todo es así, Cornel. La asepsia, la desinfección, la pureza de los alimentos y bebidas… La medida suprema de la Humanidad para defenderse de lo que ella misma ha desencadenado.

—El Código Hartwell… —me quejé con amargura—. Ya sabes lo que opinan las gentes, lo que gritan los rebeldes por todas partes, Jennie.

—Debemos correr ese riesgo, como en realidad venimos haciéndolo ya desde hace mucho antes. Desde antes, incluso, de la explosión demográfica y del desequilibrio ecológico. Tú lo sabes mejor que muchos. Para algo trabajas en esos laboratorios, Cornel. Es preciso

tomar los alimentos y las bebidas limpios de todo contacto con el exterior. Aunque los jóvenes afirmen que esa higienización no hace sino precipitar el fin. Tú sabes que eso no es cierto, ¿verdad? Tenemos que defendernos del «otro» peligro, que es el latente, el que nos rodea. No podemos dar crédito a nuevas acusaciones, a la campaña subversiva de la juventud exaltada, enardecida con cuanto sucede…

Me mantuve silencioso, ceñudo. Observé cómo saboreaba un corto trago del combinado, y tuve un encogimiento de hombros. Después de todo, hacía lo mismo que todo el mundo. Yo también debía de tener mis oídos cerrados a tanto augurio siniestro, pero…

—No sé, Jennie —murmuré—. No podría defender a mis laboratorios. Ni a ninguno otro. No te garantizo nada sobre ese combinado, como tampoco lo haría sobre el pan, la cerveza, el agua o la sopa que puedas tomar como alimento.

— ¿Qué quieres decir? —se inquietó ella, mirándome por encima del vaso, sin tomar el segundo sorbo de la fría bebida.

—Que es posible que los jóvenes rebeldes contra los que la Guardia Nacional tiene orden de disparar hasta el exterminio, tengan toda la razón del mundo —suspiré.

—Cornel… —se alarmó ella—. Si dijeras algo así en público…

—Sería procesado inmediatamente, ya lo sé —hice un movimiento de cabeza—. Pero no estoy en público. Estamos tú y yo solos. Y te hablo con cruda sinceridad. He perdido mi fe en la propia ciencia para la que trabajo. Me pregunto si no tendrán razón todos, menos nosotros. Me pregunto si no sería preferible tomar alimentos contaminados, aguas impuras, que ingerir todo eso tan aséptico, tan limpio, tan higienizado… y tan falso a la vez.

—No puedes hablar en serio. Estás desorientado con lo de Gaart…

—No, Jennie. Hace años que lo sospecho. Muchos años. Antes de ser yo químico, el mundo ya tomaba toda esa serie de productos químicos nocivos a su salud, mezclados para una buena conservación, un buen color o una supuesta mejora en su sabor. Esos aditivos eran ya esencias y colorantes químicos, almidones, ácidos, alginatos, diclorometano, sorbitol, fermentos, gomas, gelatinas, glutamatos… Todo eso lo ingeríamos de modo natural, día a día, ignorándolo incluso. Ahora, los aditivos son incontables, los alimentos son falseados constantemente, a causa de la demografía que crece, crece y

crece hasta invadirnos...

—Pero ellos aseguran que esos alimentos y sus aditivos... producen tumores, malformaciones, dolencias mortales...

—Y quizá tengan razón, Jennie. ¿Acaso no hemos producido con nuestra maravillosa química del siglo XX el desarrollo agigantado del cáncer? ¿No hemos causado más úlceras y males mortíferos que el resto de los siglos juntos, incluyendo sus pestes, cóleras y epidemias? Es posible que sí, Jennie. Es posible que estemos matando a la gente por dos caminos diametralmente opuestos, pero que coinciden en uno solo: la industria. Ese, querida, es el verdadero asesino del hombre: la industria misma...

Me miró como si yo también fuese uno de aquellos jóvenes y enloquecidos demagogos que recorrían las calles urbanas gritando su protesta contra los responsables de la autoridad y de la ley, hasta que eran detenidos por las balas de las brigadas especiales de represión lanzadas a evitar el caos que, a juicio mío, era ya inevitable.

—Cornel, me asustas... —musitó, dejando el vaso a un lado, sin probar de nuevo su contenido—. Tú eres un científico, un químico. Si hablas así, es que hay algo más que demagogia en todo eso...

—Desgraciadamente, hay mucho más —suspiré—. Pero los gobiernos siempre tuvieron una buena arma a mano para reprimir a los que protestan. Todo el que no piensa como ellos, es un demagogo y un enemigo del orden. Ahora, demasiado tarde quizá, empezamos a comprender que el mal estuvo en los mismos que se decían defensores del orden y la sociedad, pero... es tarde para arreglar nada.

—El último boletín informativo dijo que los grupos rebeldes de los Estados Occidentales de Europa, habían depuesto toda resistencia, y se restablecía la normalidad en extensas regiones consideradas antes como altamente subversivas...

—Es posible que haya sido así —di unos pasos por el gabinete, con expresión ensombrecida—. La gente, a veces, se cansa de luchar estérilmente, Jennie. Pero de eso a que, realmente haya terminado la rebelión de los inconformistas, va un abismo. Además, muchos boletines de noticias falsean la verdad. No tengas demasiadas esperanzas, créeme.

— ¿No confías en una solución cercana? ¿Ni siquiera contra esto que nos rodea? Se ha transmitido una orden especial del Consejo de Gobierno Internaciones. Todas las industrias se clausurarán a partir

del mediodía de mañana, hasta nueva orden, y los sueldos y pagas se mantendrán por cuenta del tesoro del Banco Mundial, hasta que se reanude el trabajo, y las condiciones de vida hayan cambiado en las grandes urbes.

—Las grandes urbes… —musité con amargura, sonriendo forzado—. Jennie, ¿te das cuenta de la gran mentira que se encierra tras tanta palabrería y tanta orden tardía? Ya no somos solamente las grandes ciudades las afectadas. Son los pueblos, los campos, los ríos, los mares… ¡Es todo, Jennie, todo! El mundo entero agoniza… y pretenden convertir esa muerte inexorable en un simple problema local…

Me miró, realmente acongojada. Estaba pálida. Se acercó a mí, con sus grandes ojos azules muy abiertos. Me abrazó, temblorosa, y la oí murmurar:

—Cornel, tú nunca hablaste antes así… Tú eras un convencido, un hombre fiel al Gobierno, a lo establecido, a las leyes y reglas impuestas… ¿Qué te ha sucedido para expresarte de ese modo? ¿Ha sido…, ha sido por lo de Gaart, tal vez?

— ¿Gaart? —moví negativamente la cabeza, mientras rodeaba los hombros de Jennie dulcemente, y añadí, despacio—: No, no ha sido solamente eso, Jennie… Es que, de repente, he abierto los ojos, y he visto la verdad… He comprendido que es nuestro fin. El de todos nosotros. Nos sucederá lo mismo que a Gaart. Y seremos exterminados, cazados por los rifles de la Guardia Nacional o de las brigadas especiales de represión… Pero es que se me acaba de ocurrir algo realmente terrible, Jennie. ¿Es que ellos, los soldados y policías armados, descubren realmente a TODOS los contaminados que sufren el mal? ¿Es que todo el mundo reacciona como lo hizo Gaart, y huye ante su propia imagen, para ser fácil blanco de las armas automáticas?

— ¿Qué… qué quieres decir? —me miró Jennie, como asustada de lo que yo estaba empezando a insinuar.

—Sencillamente esto, Jennie: mucha gente *sabe* ya lo que puede sucederle, como lo sabemos nosotros. Y quien lo sabe, *lo espera*… Cuando sucede, tal vez por simple principio de autodefensa, por instinto de conservación, puede callar, ocultarlo… Si es así, Jennie, si «ellos» llegasen a esconderse un tiempo de las armas de la policía y de las tropas…, ¿qué sucedería? ¿Hasta dónde llegaría la… la mutación?

Jennie no respondió. Pero un destello de vivo horror brilló en el

fondo de sus azules pupilas.

CAPÍTULO II

El Homo Crematorio 120 estaba funcionando a toda presión. Los absorbentes de humo evitaban que surgiera el fétido olor de su interior, donde se consumía la carne animal por toneladas.

El funcionario de turno me miró, sacudiendo la cabeza, tras revisar el grado de calor del horno donde se consumían los animales muertos.

—No sé cuándo va a terminar esto... —musitó con voz ronca.

—Cuando ya no queden animales vivos —comenté, encogiéndome de hombros—. Quizá entonces tenga que quemar cuerpos humanos.

—Cielos, señor Lehman, no es usted muy optimista —se asustó el hombre.

— ¿Debe serlo? —dije con ironía—. ¿Cuántos animales se incineraron ayer en este horno?

Consultó una tabla antes de responderme:

—Doscientos noventa, señor Lehman.

—Ya. ¿Y hoy?

Otra consulta, otra respuesta:

—Falta una remesa más. Hasta ahora, trescientos veintidós...

— ¿Lo ve? —sonreí—. Mañana serán cuatrocientos, pasado quinientos, más tarde mil... y así seguirá el ritmo creciente.

—Dicen que mañana a mediodía se detienen todas las industrias urbanas, por orden del Consejo de Gobierno...

—Sí, es cierto. Pero estos hornos seguirán funcionando, amigo mío —dije, alejándome de allí, sintiendo el crujido de mi traje hermético, que me mantenía alejado de toda posible contaminación, como todo el que trabajaba en contacto con materias infectadas. La máscara liviana antigás, me protegía de la atmósfera nociva e irrespirable, que nos envolvía como un sudario grisáceo y pegajoso.

Abandoné los Crematorios de la Central Ecológica del Estado. Subí a las plantas destinadas a investigación y ensayos. Cuando advertí que la atmósfera mantenía su total grado de pureza aséptica, entré en un compartimento de lavado higiénico de mi traje especial, y me despojé de él, entrando en los laboratorios vestido como acostumbraban á hacerlo los seres humanos antes de todo aquello.

Encontré al profesor Starkie en el pabellón destinado a estudios biológicos en el medio ambiente. Era su obsesión en aquellos últimos tiempos. Un desesperado esfuerzo más —y posiblemente tan estéril como todos los otros—, por conseguir algo allí donde nada parecía factible de alcanzar.

Alzó la cabeza al verme entrar. Me hizo un saludo distraído.

— ¿Cómo va todo ahí afuera? —me preguntó. —Mal —le informé. —Me lo temía.

Siguió trabajando, encorvado sobre su mesa de experimentación. Había en ella numerosas urnas de vidrio, herméticas, donde estudiaba la evolución de especímenes de todo tipo, vegetales y animales, y sus reacciones ante determinados tratamientos. Yo sabía que estaba buscando una auténtica utopía, especialmente teniendo que luchar contra reloj, pero él estaba decidido a continuar la búsqueda, y hubiera sido inútil tratar de disuadirle. Como director de investigaciones ecológicas, tenía perfecto derecho a seguir adelante. Su inteligencia y sus conocimientos de la materia, le hacían idóneo para encontrar un remedio al mal que nos devoraba implacablemente, como el peor y más gigantesco cáncer imaginable.

Pero en el fondo, creo que ni siquiera él mismo estaba convencido de su posible éxito.

Me aproximé a un recipiente de vidrio, herméticamente cerrado, en el que yacía un cobaya. Estaba muerto. Lo examiné atentamente. Mostraba la evolución del mismo mal que yo había visto iniciarse en Gaart, ante mis propios ojos. Estaba en la segunda fase de la mutación, evidentemente. Y aun así, resultaba ya horrible la visión del pobre ratón experimental.

El profesor Starkie pareció advertir mi interés por el animal de ensayo. Le oí hablar con tono apacible:

—Soportó bien la primera fase. Creí haber tenido éxito —resopló con cansancio—. Pero no fue así. Apenas se inició la segunda fase, murió.

—No había visto aún a nadie, persona o animal, en esa fase de mutación —me estremecí.

—Oh, claro que no —hizo un gesto con los hombros, muy significativo—. Los acribillan antes a balazos. La compasiva Guardia Nacional tiene buena puntería.

—Y si no lo hicieran así, profesor... ¿qué sucedería? Eso es lo que me he preguntado yo en las últimas horas.

— ¿Después de lo de Gaart? —indagó él, con aire comprensivo.

—Sí —bajé la mirada, tras dejarla resbalar sobre el banco donde habitualmente se sentaba mi amigo y colega Gaart, en su tarea investigadora, allá en el pabellón inmediato—. Tal vez por eso me lo pregunté... Yo vi el rostro de Gaart, un poco antes de que saliera corriendo, con un grito inhumano, y los disparos de los soldados le dieran caza en la calle.

—Entiendo —el profesor movió la cabeza, reflexivo—. Amigo mío, estamos ante una serie de tremendas incógnitas. Sabíamos cómo era la primera fase. Empezamos a saber cómo es la segunda. Pero eso no es lo malo. Se puede adivinar, sin mucho esfuerzo, que existe una tercera y una cuarta fases. Tal vez una quinta, incluso. Sería demasiado terrible imaginarse sus consecuencias sobre el ser humano, pero hemos de empezar a sospecharlas. Por ahora, la segunda fase es poco frecuente, dado que los contaminados mueren durante la primera, al ser vistos por las patrullas de vigilancia. Resulta difícil escapar a esa pesquisa, dadas sus características generales. Sabemos

perfectamente que una máscara antigás normal, no puede ser aplicada al rostro humano en esa primera fase. De modo que no vale el enmascaramiento, y han de dar su rostro a los guardias o soldados, firmando así su propia sentencia de muerte.

—A menos que quienes teman morir así, y se habitúen a su propia contemplación en un espejo... se oculten.

— ¿Ocultarse? —vi brillar en sus ojos la inquietud—. Sí, sería posible, Cornel. El hombre puede convertirse en un simple animal irracional, cuando se ve en una situación límite. Y de ser así, de refugiarse en auténticas madrigueras... no sé. No puedo imaginar lo que sucedería. Porque inicialmente, nadie pasa la segunda fase. Los cobayas mueren, bien por causa de su propia mutación, bien por los medios clínicos que les aplico para intentar salvarlos y prolongar su vida. Sin embargo, sabemos que toda materia viva evoluciona, se adapta... ¿Por qué no suponer que el contaminado llegue a sobrevivir en una tercera, cuarta, quinta e indeterminada fase posterior?

—Sería espantoso —me estremecí, tratando de imaginarlo.

—Conforme. Espantoso. Pero posible. Y entonces... Entonces, amigo mío, nos enfrentaríamos a un horror inconcebible y tremendo. Porque una mutación así, si resulta tan aterradora ya en su primera fase, tan repulsiva en la segunda, como acaba de ver en ese pobre cobaya sin vida, a quien pretendí aplicar un suero mío... no sé lo que llegaríamos a tener ante nosotros pero, ciertamente, poco se asemejaría a... a un ser humano, a una criatura viviente, tal y como la conocimos hasta hoy.

Guardamos silencio los dos. Las posibilidades eran demasiado terribles para pensar en ellas. El y yo sabíamos ya cómo era un hombre, un ser humano, fuese del sexo que fuese, cuando entraba en la primera fase de contaminación. La segunda, empezaba a ser imaginable, ante el cuerpo de aquel ratón de laboratorio.

Pero ¿cómo sería en el hombre? ¿Cuál sería el aspecto de éste, a medida que el mal progresara hacia sus últimas consecuencias?

—Supongo que es inútil confiar en un milagro, profesor —comenté, tras la larga pausa—. Me refiero a... a una vacuna efectiva, a un tratamiento eficaz...

—Confiar, se debe confiar siempre. El milagro científico puede producirse en cualquier momento, Cornel —sonrió con tristeza el sabio.

— ¿Incluso ahora? —dudé.

—Incluso ahora —afirmó él, rotundo, con un brillo de fe y de convicción en sus ojos, grises y agudos—. Estamos trabajando en ello, Cornel. Hasta ahora, todo han sido fracasos, lo sé. ¿Quién nos dice, sin embargo, que hoy mismo, mañana tal vez, encontramos la droga maravillosa que detenga el fenómeno, y proteja al hombre de lo que le rodea?

—Hace tiempo que dejé de creer en los milagros, especialmente en los científicos.

—Entonces... crea en Dios —suspiró, bajando la cabeza—. Es lo único que le queda, Cornel amigo.

Dios. Asentí despacio. Sí. Era lo único. La ciencia no lograría jamás lo que El no estuviera dispuesto a conceder al hombre, aunque no merecíamos tanto, puesto que éramos culpables de nuestra propia hecatombe.

Habíamos desencadenado algo que éramos incapaces de frenar ahora. Tenía gracia. Los escritores pesimistas intuyendo un fin del mundo con radiactividad, bombas nucleares y todo eso. Y el peligro estuvo siempre más cerca, mucho más. En la última treintena del siglo habían crecido las denuncias, las advertencias. Nadie hizo caso de ello. Por el contrario, la tecnología y la industria se superdesarrollaron. Los gobernantes premiaron a las familias con gran número de hijos, sin advertir el caos demográfico que se nos venía encima. A más gente, a más millones y millones de seres, más industrias para emplearlos, para alimentarlos, para darles comodidades y cuanto exigían.

El equilibrio se rompió brutalmente. De repente.

Y ahora...

Ahora, era preciso andar por las calles para saber lo que sucedía. Era preciso deambular entre brumas hechas de humo, de vahos apestosos, de hedores a máquinas, a gases, a combustión, a basuras, a detritus, a desperdicios, a productos químicos.

Era necesario acercarse a las orillas del mar y ver sus cenagosas aguas, con peces flotando en ellas, entre manchas de combustibles aceitosos. Millones de peces muertos. La ecología marina destrozada, derrumbada en un inmenso cementerio piscícola...

Los ríos eran corrientes de espumas, de fango, de desperdicios, de pesca muerta, de carpas y truchas fétidas, de salmones en descomposición...

Los bosques y campiñas mostraban la vegetación de color cobrizo, los animales muertos entre las hierbas... Por muchos que fueran rescatados y conducidos a los crematorios, otros se descomponían en las llanuras y riscos, extendiendo su fétido olor por doquier, bajo el plomizo peso de los nubarrones de humos y vapores industriales que convertían las ciudades en masas de oscuridad y sombra, en niebla irrespirable y mortal.

Montañas ingentes de basuras, de desperdicios metálicos y plásticos, elevaban su geografía alucinante hacia el cielo. Los alimentos envasados, garantía contra bacterias e impurezas, pero vehículo a su vez de productos químicos nocivos para el organismo, dejaban una estela gigantesca de envases vacíos, que ya nadie era capaz de destruir o disolver a la misma o parecida intensidad con que eran consumidos por una humanidad que rebasaba todos los cálculos de demografía imaginables en los últimos años.

Los mercados abiertos al mundo entero, a clases consumidoras en creciente nivel de vida, habían cumplido con creces su misión. Las gentes se alimentaron y nutrieron debidamente. El consumo se hizo masivo. Máquinas para todo, comodidades automáticas, progreso para todos los países, incluso los que un día fueron subdesarrollados. El hambre se venció. Pero sólo accidentalmente.

Ahora, el hambre era sólo una amenaza más. Carnes y pescados se habían terminado. La muerte, en forma de inmensa nube de polución letal, caía sobre ganado **v** pesca, fatalmente. La tierra contaminada, el aire falto de oxígeno, los desperdicios industriales, habían asesinado definitivamente la agricultura.

Quedaban las fábricas de alimentos concentrados, de productos sucedáneos, de sabores artificiales, de comida obtenida de los combustibles y de los laboratorios...

Y esas fábricas, trabajando activa, vertiginosamente, para alimentar a miles de millones de seres, habían reventado el último equilibrio posible: el medio ambiente.

Aquel umbral del año 2000, aquel triste, oscuro y fétido 1999, parecía destinado a ser el último de la Humanidad...

* * *

El último de la Humanidad...

Esa convicción se repitió en mi cerebro, como una idea martilleaba mil veces, cuando escuché aquellos disparos, de regreso a mi casa. La avenida era un mar de humo y tinieblas agobiantes. Incluso llevando el rostro cubierto, y las fosas nasales y la boca en contacto con el tubo que conducía al depósito de aire respirable, se sentía su gravidez sobre uno, hasta producir una sensación de asfixia real.

Me encerré con alivio en casa, tras ver borrosamente las figuras que se agitaban en el asfalto. El chorro de luz lechosa de los faros de un coche-patrulla militar iluminó fugazmente el rostro del desdichado. Su mirada vidriosa se clavó en mí, mientras la sangre empapaba sus ropas y brotaba espumeante por sus abultados labios.

Aceleré el paso en ese momento, alejándome con mayor rapidez, sin mirar siquiera a otro de los humanos bultos abatidos en la amplia acera por los disparos de los patrulleros de seguridad. No quería ver de nuevo los efectos terribles de aquel caos. Y tampoco la mirada patética de cualquiera de aquellos desdichados abatidos por los disparos de la Guardia Nacional.

Dentro de casa, busqué alivio en un trago de licor, pese a que sabía que incluso los licores eran ya artificiales, y su aislamiento total del aire respirable de nuestro mundo lo convertían en algo insípido y aséptico, que sólo la química permitía saborear de alguna forma.

Me enjugué el sudor. Era terrible moverse por aquella ciudad aplastada por la atmósfera pastosa, de humos y de vapores negruzcos, donde las luces urbanas eran sólo pálidos fulgores fantasmales, perdidos en aquel dantesco *smog* irrespirable.

Más allá, no era difícil recordar los lugares de muchos de mis habituales paseos: los montones de basuras, los desperdicios, los envases, los fangos de residuos industriales y agua ponzoñosa...

Intenté ver la televisión, pero la cerré inmediatamente, asqueado por tanta hipocresía. Estaban proyectando un alegre musical en bellos colores. Chicas ligeras de ropa, suntuosos decorados, melodías pegadizas...

La gran mentira para el espectador que no quería pensar. Y que *no debía pensar,* a juicio de nuestras autoridades. Hasta que un día, de repente, el feliz telespectador se mirase en el espejo y...

Cerré los ojos, con otro trago de licor. Me llegaron ruidos y voces de la calle. Apagué el volumen de un reproductor musical, para tratar de averiguar lo que sucedía. Cerca de la ventana, traté de descubrir algo, más por deducción que por otra cosa. Desde mi vivienda sólo era visible una masa de tinieblas humeantes, envolviendo los rótulos luminosos y las luces del escaso tráfico.

Pero si no era posible vislumbrar nada, salvo fantasmagóricos reflejos y sombras en la bruma de aquella pesadilla irrespirable que era el mundo, sí pude advertir la presencia de antorchas fosforescentes. Eran luces que no emitían humos, aunque eso ya poco podía importar.

Ello identificaba a sus portadores, que, en legión, a juzgar por la profusión de bailoteantes llamaradas azules, avanzaban por el centro de la avenida: eran jóvenes rebeldes, los conocidos por «desesperados». Muchachos que no aceptaban aquella herencia de sus generaciones anteriores, que no perdonaban a sus padres y abuelos semejante legado infernal. Lo malo es que ellos y vieran lo que era sentirse uno de «ellos» también..., quizá sintieran cierta piedad por aquellos que cayeron bajo sus balas. Pero ya sería tarde.

Sonó el timbre el visófono. Lo alcé. La pequeña pantallita de color reflejó el busto de Jennie. Observé su expresión seria, preocupada. Pero eso no impedía que siguiera siendo hermosa. Demasiado hermosa, para imaginarla en cualquier momento víctima de aquella infernal dolencia.

— ¿Sí? —pregunté, tratando de poner mi mejor cara posible.

—Cornel, es espantoso... —habló ella, con voz quebrada, contemplando mi imagen en su propia pantalla personal.

— ¿Espantoso? ¿Qué, querida? —traté de saber.

—Cerca de mi casa... Ha habido un choque feroz entre manifestantes y policías...

—También aquí ha ocurrido, Jennie —respondí—. Debe ser una campaña generalizada, un intento desesperado de conseguir algo...

—Ha habido muchos muertos, Cornel. He visto los cadáveres...

—Sí, también yo —respiré con fuerza—. Trata de no pensar en ello, Jennie.

—No puedo. Esto es agobiante. Como sentirse indefenso en medio de esa niebla de muerte, Cornel. Me he preguntado si…

— ¿Sí, qué?

—Oh, nada. Es una locura, Cornel. Pero pensaba si no sería preferible que nos…, que nos casáramos ya.

—Jennie… —me sorprendí—. Fuiste tú quien resolvió que no debíamos…

—Lo sé, Cornel. No sé lo que me ocurre, pero mis razonamientos son oscuros, como la atmósfera que nos envuelve… Pensé que era mejor aguardar. Ahora creo que ni siquiera nos está permitido aguardar nada… que no sea la muerte total, absoluta. La de todos nosotros.

—Tal vez haya un milagro. El profesor Starkie confía en él, Jennie.

—Pero yo, no. Cornel, ¿no quieres… ser mi esposo?

—Sabes que es lo que estoy deseando —la contemplé tiernamente a través de la imagen televisada por el aparato de comunicación—. ¿Mañana?

—Mañana, sí —afirmó ella, decidida—. Sea lo que sea aquello que nos espera…, es mejor que nos sorprenda unidos. Enfrentados a un mismo peligro los dos, Cornel.

—Conforme, Jennie —asentí—. Mañana. Nos podemos reunir a las diez. ¿Dónde te parece?

—No sé. Todos los lugares son igualmente horribles, hundidos en esa niebla oscura y pegajosa… ¿Te parece bien… la Central Ecológica?

—Conforme. Es un lugar como otro cualquiera. El más adecuado para el momento —sonreí amargamente—. Además, está la capilla del centro. Y el reverendo Mac Darrin. El puede celebrar la ceremonia. El profesor Starkie será un buen padrino de bodas…

—Y quizá nos pueda regalar el mejor obsequio del mundo,

querido: el suero contra la mutación…

—Eso lo dudo mucho. —Le lancé un beso a través de las ondas hertzianas—. Hasta las diez de la mañana, cariño. Cuídate mucho hasta entonces. Después de ese momento, seré yo el encargado de cuidar de ti…

Corté la comunicación tras recibir un beso de ella en respuesta. Esa noche me acosté con cierta esperanza flotando en mi ser. No sabía si era la ingenua esperanza del enamorado joven, o realmente existía para nosotros alguna posibilidad futura, reservada sólo a los que se amasen por encima de la nauseabunda realidad actual.

Lo cierto es que dormí feliz. E incluso soñé algo que no era una pesadilla, contra mi habitual costumbre de los últimos tiempos.

Soñé con Jennie. Con sus labios suaves y carnosos, con sus brazos cálidos y apasionados, de mujer enamorada.

Soñé que era otro hombre muy distinto, en un mundo nuevo y mejor, alejado a distancias siderales de aquel de ahora, en que nos hundíamos gradual y vertiginosamente en nuestro propio holocausto suicida.

CAPÍTULO III

Fue una hermosa ceremonia.

Breve y sencilla, pero hermosa. En la intimidad de la pequeña

capilla del Centro Ecológico del Estado, oficiada por el reverendo Pat Mac Darrin, y con el padrinazgo del profesor Starkie, que abandonó así momentáneamente sus investigaciones sobre el terrible problema a resolver.

En aquel recinto, aislado del exterior, y por tanto disfrutando de un clima artificial totalmente saludable, dentro del edificio destinado a la investigación ecológica, nos convertimos en marido y mujer.

Un beso prolongado y un fuerte abrazo selló esa unión imprevista. Jennie había aplazado voluntariamente la boda, cuando todo aquello comenzó. Ahora ella misma era quien la había solicitado, rompiendo con sus anteriores convicciones y temores.

Ella y yo, unidos…

Me preguntaba interiormente por qué había cambiado tan bruscamente de idea. Estaba seguro de que no era por ningún motivo puramente sentimental. Jennie me quería, y yo a ella. Pero no era impresionable en ese terreno. Pensé, preocupado, si el miedo, el pánico al futuro inmediato, era lo que la decidía a elegir un compañero de su vida, arrostrando así, unidos, aquel incierto futuro que se nos presentaba, como integrantes del género humano.

El profesor Starkie, sonriente, nos hizo su obsequio. Ciertamente, no era nada milagroso, como Jennie deseara. Sólo una botella de vino…

—Es un vino especial —dijo Starkie, sonriente, al entregarnos la botella hermética—. Como sabéis, no hay ya viñedos ni producción vinícola en el mundo. Los vinos químicos son repugnantes, debo admitirlo. Este es otro vino químico, pero he logrado crear una pequeña maravilla. Su *bouquet* imita perfectamente a un vino de mucha vejez, su color es perfecto, y engañaría a un experto catavinos, estoy seguro. Es lo único digno de seros entregado que hallé entre mis cosas del laboratorio… y vuestro es. Pero eso sí: con la condición de que, ahora mismo, los tres bebáis una copa de mi excelente vino. Aunque deberéis dispensarme de ello a mí, porque soy totalmente abstemio y detesto el vino y los licores. En forma simbólica, tomaré un zumo de frutas…, de laboratorio también, por supuesto, y obra, asimismo, de mis estudios alimentarios.

Se sirvió un vaso de zumo de fruta, abriendo un recipiente de plástico, y nosotros llenamos tres copas. El reverendo Mac Darrin no le hizo ascos, ciertamente, a la notable creación química del profesor

Starkie. Tuve que reconocer que el viejo vino parecía legítimo, y me produjo una grata sensación de placer ya casi olvidada.

—Cosas así me reconcilian con la química —dijo Jennie, de buen humor, vaciando su copa y tomándome del brazo cariñosamente —. Le felicito, profesor. Guardaremos este vino para tomarlo en su honor cada aniversario..., si hay algún aniversario.

Su pesimista observación nos hizo recordar a todos que aquélla no era una ceremonia vulgar en un mundo normal. Era, quizá, el acto desesperado de dos seres dispuestos a enfrentarse, unidos, al verdadero apocalipsis de la Humanidad.

El reverendo Mac Darrin nos felicitó cordialmente, y abandonamos la capilla del Centro Ecológico. Ya de regreso a los laboratorios, iluminados por una artificiosa luz del día, producida por lámparas de luz solar concentrada, para hacer olvidar a quienes allí trabajaban la realidad amarga y cruel del exterior, las palabras que nos dirigió inicialmente el profesor Starkie tuvieron mucho de sarcásticas:

— ¿Y la luna de miel, Cornel?... Jennie y yo nos miramos. Fue ella quien dio su respuesta:

—Me temo que da igual esta ciudad que las Bermudas o el Tirol...

Era un modo concreto de exponer la realidad. Adonde quiera que fuéramos, nos encontraríamos con las densas nubes de contaminación arrasándolo todo paulatinamente, ahogando a los seres humanos, que se hacinaban ahora, en un desesperado esfuerzo por la supervivencia, en zonas campestres y rurales, sin advertir que su propia presencia, con sus vehículos, no hacía otra cosa que llevar allí donde hubiera podido salvarse algo los mismos males que aquejaban al resto del orbe.

Cuando abandonamos el Centro Ecológico del Estado, tras despedirnos del profesor Starkie, un vehículo de tracción eléctrica, sin expulsión de gases ni combustible, nos condujo a nuestra residencia común desde ese día: mi propia casa.

—Bien venida al hogar, Jennie —dije, tomándola en brazos, para cruzar el umbral con mi flamante esposa.

Abrí la puerta, accionando su resorte electrónico, y penetramos en la vivienda. Se encendieron las luces automáticamente... y Jennie

lanzó un alarido, desprendiéndose de mis brazos con una viva expresión de terror.

Yo mismo me quedé como petrificado, contemplando al ser que nos recibía dentro de mi vivienda.

Lo peor es que no estaba solo. Vi aparecer a otros dos en la puerta de la cocina automática. Y otro más emergió del cuarto de aseo...

Todos ellos eran gente en estado de mutación. Eran «ellos»...

Los contemplé asombrado, lleno de horror, visibles a plena luz los horrores de la peste contaminadora en sus rostros. Jennie sollozaba, vencida por el pánico.

—Eres el químico del Estado Cornel Lehman, ¿no es cierto? —oí gorgotear dificultosamente a la voz del primer contaminado.

—Sí —afirmé, enérgico, mirándoles con dificultad, dominando a duras penas mi náusea y mi inquietud—. ¿Qué significa esto? ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué han entrado en mi casa?

—Hemos venido a matarte, Cornel Lehman —dijo el contaminado. Luego, sus ojos fueron hacia Jennie, fríamente—. Y también a ella...

Se movieron hacia nosotros. Los cuatro simultáneamente.

Supe que no mentían. Iban a matarnos.

Ya no eran siquiera cuatro seres humanos. Eran cuatro verdaderos monstruos que causaban angustia y horror...

* * *

—Cornel, ¿qué podemos hacer? —sollozó Jennie, abrazándose a mí, aferrándome mis brazos con sus dedos crispados, trémulos—. Cornel, es espantoso... ¡No quiero verlos!

—No les mires, querida —susurré, mientras esforzaba mi mente, en la búsqueda de un medio para afrontar tan desesperada, tan

insólita situación—. No les mires…

— ¿Qué les pasa? —Jadeó el monstruo que llevaba la voz cantante—. ¿Es que ahora sienten asco de su propia obra, químico Lehman? ¡Mírenos! Y diga a su bella chica que nos contemple sin temblar… ¡Somos producto de usted y de la demás gentuza como usted, malditos sean todos!

—No saben lo que dicen —susurré, tenso, pegadas mis espaldas al muro, oprimiendo contra mí a Jennie—. Yo nada tengo que ver en esto. He luchado por impedirlo, como otros muchos. Pero era demasiado tarde…

—Oh, claro. Pero ustedes conservan su guapo rostro, su atractivo físico, ¿verdad, Lehman? ¡Pues al menos pague su culpa con la vida, sucio bastardo sin conciencia! ¡Paguen todos el mal que han hecho a sus semejantes, hasta convertirnos en… en *esto* que somos ahora! ¡Sin duda su bonita muchacha va a sollozar llena de miedo y de asco cuando nosotros besemos su bella boca y abracemos su esbelta figura, estoy seguro!

Jennie se estremeció violentamente ante tan espantosa posibilidad, sin duda mil veces peor para ella que la misma muerte, y también para mí. Contemplé, demudado, sin saber siquiera qué hacer o qué responder a aquellos cuatro monstruos que un día fueron humanos.

Por vez primera, tras la fugaz visión de mi buen amigo Gaart, pude ver, a plena luz, en mi propio apartamento, las particularidades espantosas, terroríficas, de aquellos desgraciados ejemplares de la humana mutación que amenazaba al mundo…

* * *

Eran realmente terribles. Estremecedores. De auténtica pesadilla.

Yo había visto algo parecido en Gaart, mi mejor amigo y compañero de trabajo. Pero entonces, por fortuna, fue todo muy rápido, muy breve, casi relampagueante en su misma fugacidad.

Lo de ahora fue muy distinto. Una larga contemplación, a plena luz, en mi propio apartamento, a escasa distancia… y rodeados Jennie

y yo por cuatro auténticos monstruos.

Monstruos.

Era una palabra tremenda, para aplicársela a unos seres humanos, iguales a nosotros; seres que antes, poco tiempo antes sin duda, fueron como cualquier otro, totalmente normales y corrientes, sin nada especial que los distinguiera.

Y sin embargo...

Sin embargo, ahora, resultaban escalofriantes. Un invencible terror me asaltó cuando hablaron de Jennie y de lo que podía esperarle en poder de ellos, si aquella endemoniada emboscada que tuviera lugar dentro de mi vivienda prosperaba, como era de temer que prosperase.

Les contemplaba. Les contemplaba ahora y me preguntaba si aquello era posible. Si era realmente posible que sucedieran cosas así en este mundo, y que las criaturas humanas pudieran convertirse en... en *aquello.*

- sólo porque el aire era irrespirable, porque la vida en el exterior era imposible, porque el mundo había dejado de ser verde y azul, y limpio y sano, y hermoso y abierto... para convertirse en una sucia, hedionda y apestosa cloaca de basuras, detritus, desperdicios y humo.

- Pero eso, con ser malo, con ser pésimo, no era nada. Lo peor de todo eso... era esto. Lo que estábamos contemplando. Era... *aquello.*Esos cuatro seres. Esas cuatro atroces criaturas.Los contemplé fijamente, mientras se movían hacia nosotros. No supe si sentir asco, odio o... compasión hacia ellos.Los cuatro eran perfectas copias entre sí. Como gemelos idénticos, como iguales, pese a todas sus posibles diferencias. Los cuatro mostraban los mismos hinchados rostros llenos de bultos, de cenicientas manchas, de ojos enrojecidos e inflamados, de deformidades abultadas en nariz y orejas, en mejillas y cuello.

- sus bocas...

- Sus bocas terriblemente torcidas, babeantes, de labios hinchados y violáceos, de encías sangrantes, que hacían chorrear la sangre por entre sus dientes, como si fuesen auténticos vampiros...Vampiros... ¡Pobres seres! Tal vez la mutación influía en algo más que en su físico y en sus rostros

horrendos. Acaso la mente, de alguna forma, había sido afectada. Lo veía en sus gestos, en sus miradas, en su crispación rabiosa, en sus pasiones y su odio.No eran normales. Ya no. No lo eran en nada. Las mentes van muchas veces ligadas en cierto modo a los cuerpos. Todo ello forma parte de un equilibrio humano y vital que no resulta difícil de entender. Pero que, a veces, sí resulta difícil de imaginar dónde terminará alguna vez.De momento, había terminado en esto. Y, como final, era suficiente.

- Sus cuerpos también debían sufrir deformaciones, hinchazones monstruosas. Bajo las ropas que vestían era fácil apreciar la inflamación de sus vientres, de sus piernas, y no hablemos ya de sus manos y brazos, que emergían con abundantes hematomas grises sobre una piel tirante, violácea casi, hinchada a causa del mismo fenómeno que alteró todo su físico visible.
- Lo invisible, desgraciadamente, no debía de resultar muy distinto...Estaban en torno nuestro. Sus cabezas parecían hinchadas por las picaduras de millares de furiosos insectos. Se movían con cierta pesadez, sin duda a causa de aquella rara inflamación general, entre violácea y gris, que les afectaba a todos los contaminados.Gaart, cuando menos, había sido solamente una visión fugaz, casi inapreciable...Ellos eran algo más concreto, más duradero, más agresivo y terrible. Ellos eran enemigos. Ellos querían duchar a su modo. Ellos habían asaltado mi domicilio, en mi ausencia, aún no sabía cómo.Todo esto había sido cosa de momentos. Mis pensamientos, mis ideas, mis impresiones. Era como una eternidad dentro de mi mente. Pero fuera de ella, eran instantes, segundos tan sólo.Ellos continuaban avanzando. Moviéndose hacia nosotros dos. Atacándonos con lentitud, con agresividad...—Dios mío, Cornel, ¿qué podemos hacer? —musitó día, junto a mí, en aquel horrible inicio de nuestra dantesca luna de miel.—No lo sé..., y por Dios que me gustaría saberlo, pero... no logro ni siquiera pensar, Jennie —fue mi ahogada respuesta.Sin embargo, algo tenía que saber. Y algo tenía que hacer, lo supiera o no. Porque mis adversarios estaban ya allí, en torno nuestro. Cerca de mí. Para atacarme. Cerca, sobre todo, de Jennie. Para atacarla también. Yo podía morir. Y eso terminaría todo. Pero ella... Ella correría una suerte infinitamente peor, a manos de unos seres despiadados, feroces, implacables. Unos seres rué, quizá unas horas antes solamente, eran como ella misma y como yo.
- Unos seres que ahora sólo deseaban mi muerte y la humillación y el horror de ella...

- Mi mente trabajaba a velocidad de vértigo, buscando una solución, la que fuese. Y ni siquiera estaba seguro de que existiera esa solución. En realidad, no había seguridad dé nada. Sólo de que estábamos ambos frente a un riesgo terrible.Un riesgo de muerte. Y de algo más...
- * * *
-
- Tuve que pensar rápidamente. Y actuar con mayor rapidez todavía.Ellos eran algo torpes de movimientos, lo advertí en seguida. Aproveché esa circunstancia en toda su amplitud, porque nuestra situación resultaba desesperada.Recordé viejas prácticas deportivas de lucha, que mi tarea rutinaria en los laboratorios, me había hecho olvidar. Ahora, más que nunca, necesitaba de mi energía física, de mi agilidad y rapidez de reflejos.Confieso que todo ello me resultó bastante bien, acaso porque como enemigos, individualmente considerados, cuando menos, «elfos» distaban mucho de ser temibles.Alcancé, en mi salto repentino, a uno del cuarteto, el que más próximo a mí se hallaba. Era el que llevara hasta entonces la voz cantante. Y esta vez también pude escuchar su voz, pero en un grito terrorífico, lleno de angustia y de dolor. Ello sucedió cuando pude alcanzarle con mi impacto demoledor, hecho con ambas piernas, al saltar mi cuerpo en el aire, lo mismo que algo ingrávido, pero terriblemente poderoso en el choque contra otro cuerpo cualquiera, dado el impulso que acerté a darle.Sentí cómo su carne, extrañamente fofa, pese a la hinchazón tensa que sufría, se amoldaba bajo mi golpe, cediendo blandamente, igual que si golpease una pella de manteca o un molde de gelatina. Emitió aquel grito suyo, extraño y ahogado, y saltó atrás, dando tumbos, lo mismo que una pelota de goma.Realmente, carecía por completo de fuerza, y me pregunté, esperanzado, si sus compañeros de infortunio sufrirían del mismo defecto. Porque ya sólo quedaban tres ante mí, intentando impedir que escapase de mi invadido apartamento, y esos tres enemigos me cercaban con hostilidad creciente, en especial tras ver saltar atrás a su camarada, tan fácilmente vencido por mi brinco de luchador.Caí ante ellos, cubriendo siempre con mi propio cuerpo a Jennie, que asistía horrorizada a la dura lucha, y adelanté mis brazos, tratando de hacer frente simultáneamente a los tres enemigos.Aquellas masas achatadas, anchas y amorfas, de vacilante carne humana y de rostro deforme y mirada sanguinolenta, se hallaban virtualmente sobre mí. De sus cuerpos me llegó una especie de hediondo y terrible olor, infinitamente más fuerte que el de las calles barridas por la

contaminación. Era como si ellos mismos estuviesen putrefactos, en estado virtual de descomposición...Disparé mis puños en dos direcciones, y mi pierna en otra, tratando de mantenerles a raya. Uno de mis golpes con las manos apretadas falló lamentablemente, en tanto daba en el blanco con el otro, lanzando atrás a uno de ellos, aparatosamente, hasta que se derrumbó en un asiento, volteando con él hasta el suelo. El alcanzado por mi pierna, en aquella especie de alarde de lucha oriental que intentaba desesperadamente evocar en mi esfuerzo de ahora, se limitó a acusar el golpe, reculando y cayendo de rodillas finalmente.Le oí toser. Y, sobre todo, me angustió ver que le brotaba sangre de entre los labios, enrojeciendo aún más sus dientes y encías, entre burbujas sanguinolentas. Eso, en contraste con la lividez de su rostro y el tono gris o violáceo de sus hematomas e hinchazones faciales, le dieron un aspecto realmente terrorífico, impropio de cualquier semejanza con un ser humano.Sin embargo, era —o había sido— una criatura de mi misma especie. Había comenzado su mutación. Yo sabía cuál sería, más o menos, su segunda fase, si llegaba a ella, como había llegado aquel cobaya del laboratorio del doctor Starkie. Y sólo de imaginarlo no deseaba, en modo alguno, vivir aquel momento en presencia de un ser humano.—Sucio y asqueroso químico... —le oí murmurar—. Todos vosotros habéis practicado con los demás, habéis experimentado con todos nosotros..., ¡y éstas son las consecuencias de vuestra maldita falta de piedad y de amor a los otros! Pagaréis..., ¡vaya si pagaréis!...Aún había dos en pie, porque el primero, tras su caída fofa y silenciosa, se había empezado a incorporar. Temí que toda su debilidad fuese sólo aparente, y tras aquella fragilidad a mis golpes, se ocultase una fuerza, una energía terrorífica y devastadora, una resistencia sin fisuras, realmente rocosa, a cualquier ataque extraño.Me di cuenta de que, sólo unos instantes más tarde..., ¡los cuatro volvían a estar erguidos, y rodeándonos más cerca y con mayor ferocidad, si ello era posible!—Jennie, por el amor de Dios... —susurré—, Jennie, intenta escapar... ¡Vete de aquí, sea como sea!—No, no —rechazó ella, animosa, aun dentro de su evidente terror—. Eso, nunca, querido. Estaré junto a ti, Cornel, ocurra lo que ocurra...Y hasta la vi esgrimir algo en su mano, con auténtica decisión. Era una estatuilla de bronce, cuyo impacto sobre cualquier persona produciría irremediablemente su muerte. La avisé, asustado:—No, no, Jennie, eso no... No uses esa estatuilla... Podrías matar a alguien...— ¿Crees que eso importa mucho? —replicó ella, con desdén—. La ley nos protege. Y esa gente, por miserable y digna de lástima que

resulte, no hace mucho porque nos sintamos piadosos con ella y disculpemos sus errores...Quizá tenía razón. No podía saberlo entonces. Mi mente estaba demasiado confusa y mi cuerpo demasiado en tensión para razonar nada de nada. El peligro seguía siendo latente, y los adversarios estaban cada vez más cerca. En sus ojos sanguinolentos, de rojizas órbitas, como en sus bocas convulsas, de babeante espuma sangrienta, no capté la menor piedad o aprecio por nosotros.

- Cuando extendieron sus manos, eran zarpas violáceas, hinchadas, llenas de bultos informes, pero de nudosos dedos amenazadores, capaces de estrujarnos ferozmente, en un esfuerzo titánico por terminar con nuestras vidas.
- Aferré una de esas manos, sin saber exactamente lo que hacía. Sentí como la presión de algo pastoso y blando..., pero a la vez increíblemente fuerte y nervudo. La criatura puso su fuerza titánica, insospechada.Y yo, entonces, recordando mis antiguos conocimientos de judo, apliqué toda esa fuerza de mi antagonista a mi propia llave, esperando sus naturales consecuencias, siempre que mi técnica personal de lucha no hubiera mermado con los años de olvido.No fallé totalmente, cuando menos. Y eso ya era algo.El tipo era más fuerte de lo que yo esperaba. Y más rabil. Contrarrestó cuanto le fue posible mi intento; sólo que yo había sido más rápido y eficiente que él. Le gané por la mano. O porque quizá existía en el fondo alguna ventaja a mi favor.Saltó por los aires, con una voltereta impresionante, que le hizo estrellarse en el muro. Esta vez quedó aturdido, inconsciente casi. Le oí gimotear..., y parte de su epidermis se rasgó, en el impacto contra la pared. Resultó repulsivo, pero en muchos puntos, su hinchada piel se agrietó, empezando a gotear sangre, como un hemofílico irremisible.Sentí un asco sin límites, y justo entonces cayó sobre mí un segundo agresor, que logró tomarme por sorpresa, derribándome en el suelo. Rodamos juntos, y su presa me hizo vomitar parcialmente, tal era la sensación de náusea que el contacto con un cuerpo de aquellos, hinchado, fofo y hediondo producía en mí.Pese a todo eso, era fuerte y enérgico. Poseía una rapacidad increíble de lucha, y se esforzaba por abatirme del modo que fuese, en forma definitiva. Sus dedos repugnantes hacían presa en mi cuello, en mis ojos, haciéndome forcejear a ciegas contra aquel corpachón redondo, informe, como hinchado por medio de una válvula de aire comprimido.En el rodar desesperado, logré encontrar con mis manos su propio cuello, tan fofo y blando como si estuviera hecho de pasta grasienta. Hundí en él mis dedos, notando que jadeaba. Rabioso,

exasperado, presioné con todas mis fuerzas. Le desesperación, la rabia, la ceguera que la presión misma de los dedos enemigos en mis párpados doloridos producía me hicieron centuplicar mis fuerzas.Sobre todo, cuando escuché gritar a Jennie en alguna parte:— ¡Socorro! ¡Socorro, Cornel, por Dios…!No supe lo que sucedía. Pero mi furia no tuvo límites. Creo que apreté con tal rabia, que aquel cuello palpitó como si reventara entre mis dedos. Aprovechando la presa de mi mano diestra, disparé la zurda contra él, sintiendo que mis dedos rígidos machacaban brutalmente su nuez.El chasquido de huesos rotos vino acompañado por una especie de gorgoteo de tejidos más blandos, masacrados en el impacto.Mi antagonista cayó vencido, con un estertor. Le sentí rodar bajo mis pies, al tiempo que yo, vacilante, me incorporaba, para tratar de saber qué sucedía en torno mío. Qué le estaba sucediendo a Jennie, hasta entonces tan cerca de mí…La sangre se heló en mis venas.La puerta de mi apartamento estaba vacía. Y Jennie no estaba en él.Jennie había desaparecido.Yo estaba solo. Solo con… con «ellos». Con dos de ellos, los que yo venciera últimamente en mi lucha.Los otros dos se habían ausentado. Y Jennie con ellos.Creo que nunca hasta entonces había sentido un frío más intenso recorriendo mi espina dorsal que en aquel momento, en que me enfrenté a, la terrible posibilidad de haber perdido para siempre a Jennie…, secuestrada por «ellos».Condenada a la peor de las suertes imaginables.— ¡Jennie! —rugí, saliendo velozmente de nuestro domicilio nupcial, a trompicones, sin preocuparme de los que quedaban atrás. Decidido a encontrarla en aquel infernal laberinto de oscuridad y de muerte que era la ciudad contaminada.

CAPÍTULO IV

Era como lanzarse a un abismo insondable, oscuro y repugnante.

Yo acababa de hacerlo como prohibía la ley. Como prohibían todas las leyes proclamadas por el Consejo de Gobierno internacional.Sin máscara, sin protección alguna. Sentí que lloraban mis ojos, que me escocía la piel herida por el hollín y las pavesas, por la densidad misma de la agobiante atmósfera que, como un negro sudario cruel, envolvía a la Humanidad y a sus ciudades, pueblos, valles, ríos, mares y montañas.Deambulé a la carrera, trompicado, por una calle que era como un mar de tinta espesa de un gris negruzco. El aire —si aquello era aire o cosa parecida— olía a humo, a basuras, a petróleo, a gas, a

carbón y a detritus. El asfalto era un constante amontonamiento de desperdicios, de papeles flotantes, de animales domésticos muertos, que los vehículos de Sanidad tardaban más en recoger de lo que los dueños tardaban en arrojar más y más a las calles, tras verles morir a causa de la contaminación creciente, ya letal para toda criatura viviente.

- — ¡Jennie! —rugí—. ¡Jennie!...
- Y seguí a la carrera, como enloquecido, corriendo el peligro de que cualquier patrullero emergiera de una esquina, y, confundiéndome con un contaminado, me barriese a balazos, abatiéndome como a cualquiera de ellos.
- No veía el menor rastro de Jennie ni de cualquiera de sus raptores. Tampoco hubiera sido posible ver nada, en aquella oscuridad agobiante, que asfixiaba, como la atmósfera de un planeta inhabitable.
- Recordando las ciudades de otro tiempo, con sus parques, con sus luces apacibles del atardecer, con su aire tranquilo y casi provinciano, uno se preguntaba qué había dado la civilización a nuestro mundo, qué había aportado el progreso a nuestras vidas, el desmesurado crecimiento industrial y económico, a los pobres seres, víctimas de una trampa de muerte donde sus ensueños, ilusiones y ambiciones encontraban la misma honda tumba que sus propios cuerpos.En aquel laberinto de oscuridades, humos y terrores, yo era un náufrago buscando la tabla de salvación. Jennie era para mí eso y mucho más. Habíamos unido nuestras vidas para compartir juntos todo riesgo posible. Y, precisamente ahora, cuando yo era responsable de su vida y de su seguridad..., aquellos monstruos malditos, aquellos espantosos remedos de criaturas humanas que deambulaban por la urbe, huyendo de los disparos de la Guardia Nacional, se habían apoderado de ella, sólo Dios sabía para qué terrible sacrificio vengador...En una esquina me crucé con un coche-patrulla y, contra lo que hubiera hecho en cualquier otro momento, me eché violentamente atrás, pegándome al muro y dejando que el vehículo pasara ante mí y se alejase en la sombra aplastante de la contaminación total, en busca de víctimas propiciatorias a sus rígidas, inflexibles órdenes de exterminio.Cuando estuvo lo suficientemente lejos, sin que el barrido espectral de sus faros me hubiese descubierto, salí de mi escondrijo y, desesperanzado, seguí adelante, preguntándome si habría perdido para siempre a Jennie, cuando apenas si había comenzado ella a ser realmente algo mío, entrañable y profundamente mío...Era como estar perdido en un dédalo inextricable. Cada calle era igual a otra. Cada luz del

alumbrado no era sino un halo fantasmal en las brumas apestosas, y cada luminoso comercial era un lujo estúpido, malgastándose en fluorescencias lívidas, rojas, azules, verdes o amarillas, en un dantesco mundo de sombras, de vapores, de humaredas y de hedores irrespirables.¿Quién hubiera podido hallar jamás en aquel mundo de pesadilla a una mujer perdida, raptada por irnos monstruos?Nadie. Absolutamente nadie.Yo tampoco la hallé, lo confieso. Nunca hubiera encontrado su rastro.Nunca hubiese esperado de nuevo ver a Jennie con vida, de no ser porque ella misma me dejó ese aliento, esa esperanza, ese remoto y repentino destello de fe y esperanza, cuando mayor era la oscuridad dentro y fuera de mí.Mis pies tropezaron con algo. Incliné la mirada, sin que mis agudos ojos lograran penetrar en absoluto en aquella sombría atmósfera que me envolvía.Me incliné, sin saber a ciencia cierta qué podía ser. Cuando mis dedos lo tocaron, tuve un estremecimiento. Me erguí, con renovadas esperanzas. Estaba sobre la verdadera pista. No sabía adónde conduciría aquella calle, pero sí sabía algo positivo: era el esperado rastro auténtico, el que podía llevarme hasta ella.Hasta Jennie, a quien llegué a considerar trágicamente perdida para siempre...Había tropezado con un objeto suyo: su zapato. Lo acaricié casi, con manos temblorosas. Acercándolo a mis ojos, en la pastosa bruma, reveló su forma, su color platinado, su botonadura de cristales...Era uno de sus zapatos. Un rastro inconfundible, quizá dejado intencionadamente en el camino.Jennie era una muchacha valerosa e inteligente. Aun en aquel trance, en poder de los monstruos, había tenido la suficiente presencia de ánimo como para dejarme a su paso un indicio de su ruta. Igual que en un viejo cuento olvidado, de niños de otro tiempo. Creo que era el diminuto Pulgarcito quien iba dejando en el bosque la huella de su tránsito, para ser hallado por quienes le buscarían al estar en poder del ogro...

- Guardé conmigo su preciada prenda. Era tener algo de Jennie conmigo. Era como alimentar con mayor fuerza la esperanza de hallarla con vida, de llegar a tiempo de impedir lo peor, lo irremediable...
- La nata, por desgracia, era tan oscura e impersonal como todas. Las calles, todas las calles de la urbe, de todas las urbes del mundo, eran idénticas desde que la maldición casi bíblica de la terrible polución atmosférica de la Tierra se había hecho realidad, para confirmar los temores de los científicos, y el error de los gobernantes y los tecnócratas.Aquella calle no era una excepción. No hubiera podido decir si era larga, corta, amplia o

angosta. No sabía nada de ella; sólo veía salpicaduras de luces diversas, humos y basuras en torno mío. Todo cuanto hicieran ahora las autoridades para evitar ese caos absoluto de la sociedad humana era ya inviable. Nadie obedecía, nadie esperaba nada, ni pedía nada.Sólo unos puñados de jóvenes, perseguidos a balazos, como siempre, pretendían gritar su protesta, su clamor en el silencio de la muerte. Era el último coletazo, el grito de una sociedad que se moría en su propia impotencia. Pero nadie quería escucharlo. Era más cómodo callar, tapar los oídos, disparar para callar bocas ajenas que gritaban demasiado y con demasiadas verdades...Y ahora, en estos momentos, solamente yo era capaz de perseguir, de buscar a una persona, a mi propia esposa, a través del dédalo de nieblas y vapores de muerte, olvidándome incluso de toda defensa contra la contaminación y sus terribles riesgos. Sin advertirlo, ahora podía convertirme, en cualquier momento, en uno más de «ellos».En un contaminado, sometido a aquella evolución decadente de la mutación hacia un estado monstruoso e informe de la especie humana. En un lamentable y triste remedo de la especie humana, sentenciado a morir acribillado por los soldados, o convertido en algo mucho peor, a medida que la evolución mutante fuese progresando sobre el organismo víctima de aquel grado alucinante de contaminación.Pero también Jennie corría ese riesgo. Y ella, más que yo. Porque ella era prisionera de sus agresores.

- Ella estaba en poder de los mutantes, Y ese contacto cercano sí que podía inocularla el desconocido virus, bacteria o lo que quisiera ser aquello que provocó la degeneración del ser humano hasta convertirlo en una especie de bestia deforme y repugnante.
- No, no podía saber nada de mi camino. Ni qué calles recorría, ni cuál era su dirección, ni, por tanto, cuál podía ser mi posible destino. Lo que sí sé es que, de repente, me encontré con otro objeto entre mis pies, casi trompicando en él. Y que al incorporarme me hallé con el segundo zapato de Jennie.¡Era la pista! Era el camino...Y lo seguí. Vaya si lo seguí, con el solo objetivo de encontrar a Jennie, de salvarla de su trágica y terrible suerte, a manos de aquellos seres de pesadilla, surgidos en mi propio apartamento.De repente, me paré en seco.Desorientado, miré en torno, sin entender por completo lo que sucedía.Las calles habían terminado. Por la razón que fuese, no estaba entre edificios ni luces urbanas. Una oscuridad total y profunda me rodeaba. El hedor de antes se hacía ahora una atmósfera fétida e irrespirable.Lo malo es que no podía ver

nada, que no entendía nada, que no abarcaba nada de cuanto podía rodearme en la densa y maloliente oscuridad. Pero avancé tanteando, hasta tropezar con algo.Hubo resonancias metálicas, rodar de objetos diversos bajo mi cuerpo cuando caí de bruces sobre el lado de una especie de enorme pirámide hecha de piezas sueltas, que chirriaban, se movían y se desplazaban bajo mi peso. El hedor me envolvió como un cerco de -angustia y dé aturdimiento.Creí entender. Mis manos exasperadas palparon objetos diversos, de variado tamaño y forma.Latas, envases, recipientes...¡Basura!Estaba en los vertederos municipales. En los grandes focos de la contaminación que acabó por vencer a municipios, gobiernos y naciones. Millones de envases vacíos de alimentos, detergentes y productos de consumo me rodeaban.Allí, en alguna parte, Jennie había desaparecido, quizá para siempre, pese a sus esfuerzos por dejarme un rastro de su camino. En el dédalo nauseabundo de los vertederos, toda pista se borraba para la eternidad. Incluso el de Jennie.Y supe que, irremisiblemente, todo estaba perdido...

- * * *
-
- La dolorosa idea de perder definitivamente a Jennie, se abrió paso con dificultad hasta el fondo de mi cerebro, y lo sacudió de forma lacerante. Hubiera querido rechazar ese pensamiento con auténtica furia. Me rebelé contra la sola posibilidad de admitirlo así y cruzarme de brazos con fatalidad. — ¡No, eso nunca! —mascullé, rabioso, estrujando mis puños y agitándolos impotente en aquel aire que era como polvo flotante, como basura triturada y lanzada al aire, planeando sobre uno, envolviéndole, aplastándole virtualmente.Tosí, moviéndome torpemente entre la niebla producida por los elementos contaminadores de nuestra atmósfera, al sentir cómo aquel ambiente irrespirable se aferraba a mí garganta y la oprimía hasta ahogarla. Las sienes me palpitaban con fuerza. Eché de menos con auténtica desesperación una máscara purificadora de las exigidas a todo ciudadano. Hubiera querido aislarme de los detritus respirables. Pero también quería hallar a Jennie, y esa idea era infinitamente más aguda y desesperada que ninguna otra.— ¡Jennie!... —susurré, debatiéndome entre alucinantes montículos de envases vacíos, como en un mundo inquietante, hecho de basuras y de desperdicios, de objetos inservibles y malolientes—. Jennie, vida mía... No puede habernos sucedido esto... ¡No es posible!...Me detuve entre dos de aquellos montículos. El lejano reflejo de alguna vaga luz rojiza en las tinieblas arrancó destellos a las brillantes latas

vacías y arrugadas que se hacinaban ante mí.Estaba en la entrada de un auténtico dédalo de esa clase de pirámides de envases.Más allá se extendía lo que para mí constituía ya un mundo desconocido y tenebroso: el río, auténtico vertedero de inmundicias, de fango, de residuos industriales, de embarcaciones abandonadas entre peces putrefactos y espesas extensiones de petróleo y gasolina empastada en las aguas, en una oscuridad que parecía ya completamente eterna.

- más allá, los viejos suburbios ciudadanos, hoy apestosas zonas abandonadas, donde las basuras formaban un mundo delirante y caótico, entre hedores y humaredas acres.

- Sacudí la cabeza, alucinado. Era como viajar a lugares insólitos, situados muy lejos de mi planeta. Y, sin embargo, allí estaba: en mi propio mundo. En lo que alguna vez había sido mi mundo, y que tan poco se le parecía ahora...De súbito, algo sonó, no muy lejos de mí. Unas latas rodaron en el silencio. Giré la cabeza. Agucé el oído. El ruido no se repitió. Sentí desánimo.Era fácil que ocurrieran cosas así. Había tanta basura allí, que podía rodar cualquier recipiente vacío, movido por su propio peso o por el desplazamiento de otros objetos de desecho.Esperé, sin embargo, unos instantes, en el más completo silencio. Retuve incluso la respiración, pendiente de que aquel sonido pudiera repetirse de nuevo.

- se repitió.

- Esta vez, mis nervios se pusieron tirantes como cables de acero. Una tensión insufrible me asaltó. Mantuve clavados los ojos en la oscuridad, sin un solo parpadeo, hasta que las pupilas me dolieron, irritadas por la fijeza y por la acción de la atmósfera irrespirable sobre ellas.Al ruido de un par de latas rodando siguió una especie de largo roce, y un murmullo ahogado, como de susurros. Traté de imaginar a las ratas, moviéndose en las tinieblas, pero recordé que muchas de ellas fueron más débiles que los mismos hombres, y empezaron a agonizar antes de este caos, pese a que se pudo pensar que estarían habituadas a un ambiente infecto, por su existencia en las cloacas. El mundo, desgraciadamente, era muchísimo peor ahora que la más sucia y repugnante alcantarilla.Me moví con sigilo entre los montones de envases vacíos. Eludí cuidadosamente tropezar con ellos y derribarlos. Era como avanzar por un laberinto enloquecedor, pero mi mente estaba tija en la posible razón de aquellos leves ruidos cercanos, y un

destello de esperanza había iluminado de súbito mi angustiada búsqueda.Llegué cerca del río. Por dos ocasiones, no muy lejos de mí, sentí roces y ruidos muy leves. De repente, todos esos ruidos cesaron, y no pude escuchar nada más. Me detuve con cierta dolorida desesperanza.¿Me habría equivocado, y estaría siguiendo el rastro a cualquier desgraciado escondido en el inframundo de las basuras?Desgraciadamente, si era así, habría perdido de modo definitivo toda posibilidad de encontrar a Jennie. Su suerte, su terrible suerte, estaría echada.Asomé tras el último montón de latas y envases plásticos con residuos de alimentos en descomposición. Un vaho insoportable, hediondo hasta la náusea, me envolvió de súbito.Me tambaleé, cubriéndome boca y nariz con la mano, en un vano empeño de huir a aquel acceso de olores repugnantes e intensísimos.El río.Había llegado al río. Ante mí, oscuro, pastoso, convertido en cauce lento y nauseabundo de grasas, espumas, residuos y toda clase de peces y de alimañas muertas, el viejo río que fuera cauce industrial y vital de una ciudad, de todo un país, se perdía en la sombra como un curso dantesco de muerte total.

- En la orilla, el viejo embarcadero mostraba embarcaciones todavía sujetas a tierra. Con ellas, los pescadores y los estibadores cumplían sus abandonados trabajos sobre las aguas. Ahora nadie podía trabajar ni moverse en aquel curso fluvial de pesadilla, negro y denso, salpicado de rojas estrías de residuos de cobre, espumeantes restos de detergentes y de productos químicos, anchos manchones de combustibles oleosos... Todo lo que había extinguido la vida de las aguas.
- Vi las sombras. Se movían. Eran seres vivientes.Estaban a bordo de una de aquellas embarcaciones que parecían definitivamente olvidadas por los hombres. Chirrió una puerta, y desaparecieron en la total oscuridad de a bordo. No volví a ver moverse a nadie en la cubierta aquella. Ni en ninguna otra cercana.Mis ojos se clavaron en la amplia barcaza. Era ancha, sólida y pesada. Tal vez había servido para trasladar cargas de un lado a otro del río. Ahora, hacía tiempo que nadie la movía de su emplazamiento. La cuerda que la sujetaba a tierra se veía cubierta de fango y suciedad, colgando en festones repulsivos.Rápidamente, pero con la mayor cautela posible, sin que mis pasos produjesen el menor ruido sobre el negro suelo resbaladizo y grasiento, descendí al embarcadero. Esta vez estaba dispuesto a llegar al fondo de la cuestión. Iba desarmado, bien cierto era, pero mi ira y mi decisión eran tan grandes, que estaba seguro de poder enfrentarme a todo un ejército, si la vida y el destino de Jennie estaban en juego en aquella

pugna.Además, me tropecé con aquella barra de hierro.Una sólida pieza alargada, cubierta de óxido, un trozo de barandilla del embarcadero, rota por la erosión. Eso era, simplemente. Podría tener como quince o diecisiete pulgadas de longitud, lo cual era suficiente para mí en estos momentos. La enarbolé, dispuesto a iodo.Y me aproximé a la embarcación, decidido a penetrar en su misterio. Convencido interiormente de que había hallado algo de auténtico interés. Algo que podía conducirme, finalmente, a alguna parte.A Jennie, si Dios era benévolo conmigo en este difícil trance.

•

CAPÍTULO V

- Las maderas de la cubierta estaban ya en total estado de descomposición, mitad por su abandono, mitad por la propia acción de la atmósfera que descargaba, aplastante y como sólida, sobre el río y cuanto en él existía.Olía todo tan mal, tan horriblemente mal, que me había empezado a habituar a aquella náusea envolvente, y ya casi ni recordaba los hedores. En parte, por la excitación que me invadía, al presentir la vecindad de Jennie.

- de «ellos», naturalmente.

- Me moví procurando producir el menor ruido posible en las crujientes maderas de la embarcación, cosa que no siempre podía evitar. Mis dedos casi me hacían daño, tan fuerte oprimían la barra de hierro, única arma contundente de que disponía, de cara a cualquier posible riesgo.Así alcancé aquella puerta situada al fondo de la barcaza. Era metálica, cubierta de orín y de manchas cárdenas. Estaba cerrada y parecía imposible que nadie la hubiera utilizado antes en muy largo tiempo.Yo estaba seguro de lo contrario, sin embargo. Y con esa convicción tiré lentamente de su asa metálica, poniendo en ello toda clase de cuidados para no producir chirridos estridentes.La puerta cedió con sospechosa facilidad.

- cosa rara: no "produjo el menor chirrido. Estudié la cerradura y los goznes, engrasados con lubricantes oscuros y espesos. Eso impedía que produjese ruido alguno. Alguien se había preocupado de anular todo molesto ruido al mover aquella puerta.

- Eso sólo podía tener una clara explicación para mí: no querían que chirriase. No deseaban delatar ante nadie sus

movimientos.Me estremecí. De abajo subieron olores tan fétidos como surgían por doquier. Pero no era la oscuridad ni eran esos olores repugnantes lo que me hizo temblar ligeramente. Esta vez no.Era la excitante sensación de la proximidad de «algo» que podía significar una esperanza cierta para mí. Una posibilidad remota de liberación para Jennie...No iba a ser fácil, estaba seguro de ello. Nada podía ser realmente fácil, llegados a aquel momento, a aquel trance decisivo. Pero fuese ello lo que fuese, sería mejor, infinitamente mejor que cruzarse impotente de brazos, sabiéndose vencido e incapaz de hallar lo que buscaba.Descendí por unos peldaños metálicos, en los que mis pies no produjeron el más leve ruido, moviéndome con suma cautela y precaución. De ese modo llegué al fondo de la escalera, compuesta por un total de nueve peldaños, según conté muy bien. Si alguna vez llegaba a salir de allí en la oscuridad, quería saber exactamente cómo hacerlo, moviéndome por aquel fétido ambiente igual que si lo hiciera a plena luz.Alcancé un corredor angosto, propio de una embarcación. No había sino dos puertas laterales, bastante amplias. Una debía corresponder a la bodega de carga, y la otra al camarote de la tripulación.No era en éste donde vi luz, sino en la bodega precisamente, que era la puerta más ancha y pesada.Luz.Una delgada rendija de luz inferior, que permitía ver la espesa polvareda y las basuras diversas del pasillo. Una leve claridad, como, amarillenta, producida por alguna luz no demasiado intensa, para que no fuese vista desde el exterior de la vieja embarcación.Si había luz, mi teoría se confirmaba. Había gente a bordo. Y si había gente..., podía ser que hallase allí algún rastro de Jennie. O de sus captores. Esa era la esperanza que me había animado a llegar tan lejos, en temeraria búsqueda, a través de un mundo que desconocía, hecho de estiércol, desperdicios y hedor.

- De repente olvidé toda precaución, justo cuando me aproximaba con paso lento y sigiloso a la puerta ancha de la bodega.Un grito agudo brotó de allí, al otro lado de la puerta.Un grito de mujer, repleto de horror, de miedo, de angustia. Un grito de patetismo sin límites, de desesperanza y de pánico...Reconocí en seguida aquella voz, aquella garganta que se desgarraba en el alarido.— ¡Jennie! —rugí, rota toda prevención, desafiando a toda mínima norma de prudencia y cautela.

- me precipité, barra de hierro en ristre, abriendo el ancho portón de la bodega de a bordo, para enfrentarme a lo que allí hubiese.

- la verdad es que jamás hubiera imaginado un horror semejante.

- * * *
-
- — ¡Jennie! —aullé por segunda vez, al penetrar en el amplio y mal alumbrado recinto que, tras tanto moverme en tinieblas, me pareció deslumbrante, pese a su claridad mortecina, en una atmósfera neblinosa y maloliente.

- ella giró la cabeza, clavando en mí sus ojos dilatados, angustiosos, desde el blanco, lívido manchón de un rostro demudado, vencido por el miedo, la angustia y el terror.

- — ¡Cornel! ¡Cornel, mi vida...! —jadeó, trémula, alargando sus brazos con desesperanza y con júbilo a la vez, como quien de repente ve que se abre la tapa de un ataúd donde ha sido sepultado en vida, y penetra hasta él la luz y el aire para sobrevivir.Avancé, decidido.
- Pero «ellos» también me cerraron el paso, con la misma decisión. «Ellos»...Dios mío, aún me aterra recordarlo, y mi piel se cubre con un viscoso sudor helado. Era una estampa dantesca, que ni siquiera un demente hubiese sido capaz de montar, con esperpentos de la peor especie. Algo que escapaba a todo lo imaginable. Algo con lo que yo era, posiblemente, el primero en enfrentarse.Yo, Cornel Lehman, era quizá el primer hombre «no contaminado» que veía frente a sus ojos la verdad infernal tan temida. La posibilidad sospechada de... de la «otra» fase. El segundo ciclo o grado del mal terrible...Había algunos que estaban sólo en el primer grado. Eran los que, sin duda, habían traído hasta aquí a Jennie, desde mi apartamento, y alguno más, muy pocos.Los demás...Los demás eran ya de la segunda fase. Su dolencia estaba más avanzada. Tal y como viera yo a aquel cobaya en el laboratorio del doctor Starkie.El horror superaba todo lo previsible, rompía las barreras de lo humano, para entrar de lleno en el reino de lo espantoso, de lo inconcebible.Si unos hombres resultaban ya repulsivos y aterradores con aquellas hinchazones y deformidades, con sus manchas violáceas y agrisadas, con sus ojos inyectados en sangre y su boca sanguinolenta..., ¿qué decir cuando esas inflamaciones faciales se habían agrietado ya, dejando escapar un pus repugnante, que corría por sus rostros, lo mismo que la sangre goteaba de sus labios tumefactos, las encías mostraban una coloración violácea, los dientes se perdían entre llagas,

muchos de ellos ya desaparecidos, las manos mostraban hendidura y llagas purulentas, los cabellos habían caído de sus cabezas, dejando placas de piel tirante, blancuzca, y otras donde ya el cuero cabelludo se desgarraba, dejando brotar un sudor sanguinolento que empapaba sus cabezas calvas e informes con un tinte espeluznante?Aquellas criaturas habían sido seres humanos normales. Incluso vi *mujeres* entre todos ellos, tan informes y repulsivas como los hombres. O quizá más aún, dado su sexo. Los ojos de todos ellos eran como malignos focos de luz rojiza. Lloraban algo que ya no eran lágrimas, sino sangre acuosa, mojando su rostro de monstruos purulentos y aterradores.Era comprensible él pavor de Jennie, su angustia delirante ante aquel caos dantesco de seres inimaginables, mil veces peores que cualquier ente de pesadilla imaginado por un escritor de fantasía.—Es él..., ¡el químico Lehman! —acusó uno de los seres en primera fase de la espantosa enfermedad, señalándome con mano rígida, extendido el dedo hacia mí.Un ronco murmullo hostil se elevó entre la masa maldita. Los contaminados se movieron hacia mí, produciéndome náuseas. Las bocas babeaban sangre, al pronunciar la palabra «químico, químico, químico»... como podía llamarse a un ser maldito. Yo lo era para ellos. Su mente trastornada, tras aquellas máscaras de aquelarre, les decía que yo, un químico, era responsable de su mal. Era el enemigo. La encarnación ideal de todos sus odios y ansias exasperadas de venganza.Quizá tuvieran razón aquellos desdichados. Quizá otros hombres como yo tuvieran la culpa de todo. Todos la teníamos. Pero por encima de nosotros hubo siempre otros responsables, tan ciegos o más que nosotros mismos a las consecuencias de su desgraciada política con la Humanidad.Pero ellos no tenían a esa gente a su alcance. Y a mí, sí. Y a Jennie, de quien sabían también que, además de representar tanto para mí, pertenecía igualmente a organismos de la ciencia y de la investigación.En suma, a todo lo que maldecían y odiaban como fuente de sus desdichas actuales. Que, a no tardar mucho, serían nuestras propias desdichas. Porque todos, absolutamente TODOS nosotros, estábamos sentenciados a este mismo pavoroso final que estaba yo contemplando en aquel barco de pesadilla.— ¡Cornel, vete, te lo ruego! —gimió Jennie—. ¡Te destrozarán con sus repugnantes manos! ¡Te odian como odian todo lo que significa Ciencia! ¡A mí tal vez no me hagan daño, pero a ti...! ¡Vete, vete, por Dios, antes de que sea demasiado tarde, cariño!— ¡Nunca! —rugí, con voz rabiosa, exasperada. Me enfrenté a aquella masa compuesta por más de dos docenas de seres del horror, decidido a rescatar

a Jennie como fuese.Y no había más que un medio: luchando. Combatiendo a aquellos desgraciados que ahora me producían espanto y asco sin límites, pero a quienes, en realidad, no deseaba hacer daño, porque bastante sufrían ya con su condena estremecedora, de la que intuía un final escalofriante y terrible.No sé cuándo fue el momento en que descargué el primer golpe y abatí, posiblemente sin vida, al primero de ellos. Pero lo cierto es que había intentado evitarlo a toda costa, hasta que resultó imposible dominar mis sensaciones.No podía dejarme aferrar por aquellas manos que goteaban pus. No podía dejarme dominar por los dedos amenazadores que buscaban sujetarme y derribarme, porque la masa repugnante me arrollaría, en una muerte demasiado espantosa para afrontarla.Había llegado el momento de matar o morir.Y, por Jennie sobre todo, había tomado mi propia decisión al respecto.Mi barra de hierro abrió brecha en la multitud de desechos humanos. Abatí a varios y salté hasta donde se hallaba Jennie, que, liberándose de quienes la retenían, se precipitó hasta mí, abrazándose conmigo, mientras sentía sus convulsiones, sus estremecimientos de asco, de pánico, de toda clase de emociones sin fin.Con ella junto a mí, me abrí paso con más golpes. Creo que abatí a siete u ocho de aquellos seres. Era relativamente fácil vencerles. Individualmente, no valían nada. Era su número mismo el que les hacía tan peligrosos. En su segunda fase, la dolencia mermaba hasta la nada sus propias fuerzas. Se tambaleaban y caían con lamentable facilidad.

- Pero si llegaban a caerle a uno encima, hacinados en grupo, y podían abatirle al suelo, la muerte sería cierta. Me asfixiarían con sus manos crispadas, temblorosas, tan repugnantes como sus rostros, mezcla de purulencias, sangre y carne tumefacta, de fétido olor.Ellos mismos, con su sola presencia, su proximidad, su contacto escalofriante, eran mil veces peor que cualquier muerte. Cuando logramos salir Jennie y yo al corredor, y emprender carrera hacia los escalones de salida a la cubierta de la embarcación, creímos liberarnos de algo aplastante, e incluso el aire viciado de aquel recinto nos pareció limpio y puro como en los mejores tiempos de nuestro planeta.— ¡Que no escapen! —aulló uno de los contaminados, a nuestra espalda—. ¡Que no escapen, detenedlos!...Venían tras de nosotros, en tropel, y la sola idea de ser alcanzados por ellos, de tenerlos de nuevo en torno, como un cerco obsesivo, dio alas a mis piernas, que nunca fueron más rápidas ni más potentes.— ¡De prisa, Jennie! —la alenté a ella, apretando con fuerza su mano, sin dejar de sujetar en la otra mi providencial barra de

hierro—. ¡No podemos dejarnos vencer ahora!Asintió ella, sacando fuerzas de flaqueza para igualar su carrera a la mía. Subimos con rapidez los peldaños. Un momento hubo en que las manos purulentas y estremecedoras llegaron a rozar nuestros tobillos, nuestras piernas. Sentí un horror que erizó mis cabellos, pero pude desasirme de ellas con unos patadones violentos, logrando saltar a cubierta con Jennie.Corrimos desesperadamente hacia la tierra firme, mientras la barcaza se bamboleaba en las sucias aguas, a impulsos de los movimientos bruscos de sus numerosos ocupantes, subiendo a la desesperada en pos nuestro.Saltamos al embarcadero, y en ese preciso instante, el chorro de luz se proyectó, violento, sobre nosotros. — ¡Alto! —sonó una voz potente—. ¡Alto o disparamos a matar! ¡Deténganse!Nos detuvimos. Con alivio, pese a que habíamos quebrantado las leyes y mostrábamos nuestro rostro al desnudo, sin máscara protectora alguna, contraviniendo la Ley Ralston.

- —No, no disparen —rogué—. Nos entregamos, agente.En el embarcadero, el vehículo anfibio surgido inesperadamente de la noche mantuvo su foco sobre nosotros, horadando las tinieblas agobiantes con su luz.Luz que, inmediatamente, descubrió a los mutantes. Y con ello, su espantosa apariencia actual...— ¡Cielos, mirad! —sonó la misma potente voz de antes —. ¡Mirad *eso!* ¿Qué clase de horribles criaturas son?...— ¡Mutantes! ¡Contaminados! —gritó otro policía—. ¡Han debido evolucionar hasta ese punto! ¡Vamos, actuad! ¡Que se cumpla la ley, pronto! ¡Con todos ellos! ¡Ustedes dos, apártense inmediatamente! ¿Han oído? ¡Apártense!...Nos apresuramos a hacerlo, y sentí, pese a que poco antes eran mis encarnizados enemigos, una dolorosa sensación por el destino de aquellos pobres seres.Ellos habían advertido ya la presencia de la patrulla y, como ratas asustadas, pretendían huir, dispersarse, eludiendo lo inevitable.No pudo ser. La luz les revelaba con nitidez. Y los miembros de la patrulla eran expertos en la tarea.Abrieron fuego con sus potentes armas automáticas. Jennie se aferró a mí, tapándose el rostro y sollozando ahogadamente.Eran demasiadas emociones para un solo día. No olvidaría nunca, si su vida se prolongaba lo suficiente para ello, aquella fecha de su boda conmigo...En sólo unos segundos terminó todo.Las armas enmudecieron. Giré la cabeza. Contemplé la cubierta de la embarcación, con ojos irritados por la acción de la atmósfera que nos envolvía.No me sorprendió el espectáculo, pero sí me impresionó. Eran dos docenas de seres abatidos. Como ratas. Yacían en diversas posturas, con sus espantosas carátulas expuestas a la luz. En cierto modo, era una

liberación. El fin de una agonía lenta y terrible, de insospechado desenlace.

- Todos habían muerto. Y yo, alucinado aún, me preguntaba para mí mismo:—Dios mío, si ese es el segundo grado de su mutación..., ¿cuál será el tercero, el cuarto..., *el último* en suma? Aunque no pude imaginarlo en modo alguno, su sola posibilidad me invadió de horror, y los cabellos de mi nuca se erizaron, mientras apartaba lentamente a Jennie de allí, y ambos éramos rodeados por los agentes y sus armas.Un oficial ordenó:—Pónganles las esposas a ambos. Están detenidos, acusados de contravenir gravemente la ley. Les conduciremos al cuartel central, para que declaren lo que ha sucedido aquí hoy.
- * * *
-
- Mi declaración se repitió por segunda vez en la banda magnética grabada por las fuerzas de seguridad de la policía militar.Escuchamos todos, incluidos Jennie y yo, a pesar de que a ella la sola evocación de aquellos dramáticos incidentes le causaban ostensibles estremecimientos y agudizaban su estado nervioso.Una funcionario del cuerpo femenino de policía le administró un calmante, y trató de apaciguarla con una sonrisa, mientras a la luz limpia y en la atmósfera relativamente aséptica del cuartel central de policía asistíamos los demás al final del relato por mí impreso en la cinta grabadora.Al terminar hubo un silencio en la estancia. Alguien se sirvió un vaso de agua, y un agente tecleó de modo suave en un télex, transmitiendo a distancia nuevas instrucciones policiales relacionadas con los contaminados.—Bien... —dijo un militar que había acudido al recinto para escuchar la declaración. Se volvió a mí y me contempló con sus inquisitivos ojos grises, mientras se acariciaba con lentitud el bigote canoso, blanco como sus bien cuidados cabellos bajo la gorra militar con distintivo especial—. De modo que usted ha declarado todo eso, señor Lehman...
- —Sí, señor —afirmé—. Es la pura verdad.—Entiendo. Eso justifica el hecho de que quebrantasen la ley usted y su esposa, al deambular por el exterior sin máscara protectora. Es un error que puede traerles graves consecuencias. Sobre todo, habiendo convivido un tiempo cerca de esa gente...— ¿Se refiere al... *contagio?* —sacudí la cabeza, reflexivo—. Es una idea espantosa, señor. Pero ya se me ha ocurrido. No fue culpa nuestra que estuviéramos expuestos a tal contingencia. Sin embargo, los laboratorios aún no han confirmado que su mal sea producido por un virus o cosa que permita el contagio. La causa de esa dolencia está en el propio aire que respiramos, usted lo sabe.—

Claro que lo sé —afirmó el militar, acercándose a mí muy despacio—. Pero escuche esto, Lehman. Otras personas sobreviven sin haber sufrido mutación alguna. Eso nos hace sospechar que *sí* hay virus o bacteria, opinen lo que opinen los laboratorios civiles y ustedes, sus químicos e investigadores. Soy el coronel Ritcher, de Sanidad Militar, y estoy investigando esto tan intensamente como ustedes mismos puedan hacerlo, amigo mío. Sabemos que la contaminación mundial ha alterado la genética humana hasta extremos terroríficos. Las últimas noticias recibidas no son precisamente optimistas: todos los niños que nacen en el mundo en estos momentos están siendo sacrificados sin remisión por orden de la Junta de Gobiernos internacionales.—Dios mío. ¿Por qué, coronel? —quiso saber Jennie, angustiada.—Señora, porque nacen deformes y en un grado inicial de mutación, aunque el fenómeno no se presenta en sus padres —informó gravemente el coronel—. Eso permite indicar que «algo» en esta pestilente atmósfera que nos envuelve ha evolucionado tal vez hacia un foco virulento o bacteriano capaz de hacer presa más fácil en un recién nacido o en un niño en estado de gestación que en personas adultas. Y, entre éstas, unas son más propensas que otras a acusar la dolencia. Hemos producido una especie de vacuna experimental que, posiblemente, no tenga gran valor, pero que estamos aplicando a nuestro personal, para ver si se consigue algo, señor Lehman. ¿Desean experimentarla usted y su esposa también?— ¿Por qué no? —me encogí de hombros—. Todo cuanto se intente estará bien hecho. No experimento ningún tipo de animosidad contra mis colegas de investigación militar, y aceptaría entusiasmado que fuesen ustedes los descubridores del mágico fármaco capaz de detener ese horror.—Lamentablemente, eso no ha ocurrido aún, y mucho dudo que llegue a ser realidad —movió la cabeza de un lado a otro, contrariado—. Lo cierto es que la virulencia de ese mal va en aumento. El número de contaminados crece en proporción alarmante. Estamos seguros de que muchos se ocultan en comunidades terroríficas, como esa que usted localizó de modo casual, buscando rescatar a su esposa. En suma: como auténticos animales, se agrupan y ocultan, para huir a su destino, sin comprender que eso aumenta la virulencia de su mal, y que éste terminará por invadirlo todo. Si existe el contagio, como me temo, esos focos o comunidades extenderán la epidemia hasta la catástrofe final. La de toda la Humanidad, quiero decir.— ¿Ve alguna solución factible que pueda evitar tal proceso, coronel? —le pregunté serenamente.—No —negó, rotundo—. Habíamos sospechado ya algo así. Pero su testimonio

es el primero que, realmente, nos confirma lo que se temía. Una pequeña comunidad, oculta en esa barcaza, ha sido destruida, pero... ¿cuántas habrá como ésa? ¿Cuántos serán sus componentes? Eso es lo que nos preocupa.—A mí me preocupa algo más, coronel —dije, con tono grave.Me" miró, intrigado, arrugando su ceño.— ¿Qué es ello, Lehman?—El fin de la enfermedad —dije escuetamente—.

- ¿Cuál será? ¿Qué puede suceder después de... de lo que vimos?
- El coronel se estremeció ostensiblemente. Había contemplado cadáveres pertenecientes a la masacre en el río. Era evidente que mi pregunta abría puertas a deducciones tan escalofriantes que se resistía a pensar en ellas.—No lo sé —confesó con un suspiro, afirmando muy despacio con la cabeza —. Pero me aterra esa idea tanto como a usted, amigo mío. No sé en qué clase de... de «cosa» culmina la mutación, pero no puede ser mucho más espantosa que lo que ya conocemos, ¿no cree?Me encogí de hombros. Expuse con franqueza mis temores: —Coronel, me temo que... que *sí* sea *mucho* peor. Pero no imagino en qué sentido ni *cómo* será...Hubo un silencio denso en el recinto. El télex transmitía algo. Un agente lo mostró al coronel Ritcher. Este leyó en silencio. Luego, con un suspiro, me tendió el mensaje llegado de otra nación europea:
    - «Aniquilada recientemente comunidad compuesta por casi mil mutantes, todos en primer grado. Fueron precisos explosivos para realizar operación. Se temen iguales o mayores concentraciones de contaminados. Enterados existencia enfermos segundo grado. Vacuna militar comprobada total ineficacia. Lo lamentamos. *General Walters.»*
    - Hubo como un ensombrecimiento del rostro severo del coronel Ritcher. Las noticias distaban mucho de ser confortantes ni optimistas.—Lo siento —musitó—. No necesitan probar esa vacuna, después de lo que dice ahí, Lehman.—No se desespere. Valía la pena intentarlo —le animé, tan sombrío como él—. ¿Se ha dado cuenta,

coronel? Casi un millar de contaminados... Crece su número como la espuma. Se multiplican como si fuesen hormigas. Todos vamos cayendo enfermos, tarde o temprano. Es nuestro destino. Llegará un momento en que sólo habrá contaminados en el mundo, coronel. Y entonces..., ¿qué sucederá?—No lo sé, Lehman —me confesó con amargura—. Pero vamos a hablar de eso con alguien hoy mismo. Usted y yo.— ¿Con quién, coronel? —me intrigó.—Con el presidente del Gobierno Internacional —fue su sorprendente respuesta.

CAPÍTULO VI

Era una reunión de muy alto nivel.Inicialmente, me sentí confuso. Pero había empezado a habituarme a todo aquello. El gobernador general de la ciudad fue el primero en recibirme. Más tarde llegó el presidente con su séquito y su escolta personal.Toda clase de medidas, tanto militares como profilácticas, habían sido tomadas con el primer mandatario de la Federación de Estados. Su indumentaria era de tejido hermético, y llevaba un nuevo modelo de doble máscara cubriendo su cabeza. Solamente en una cámara especialmente habilitada, protegida con toda clase de medidas sanitarias de aislamiento, y con un aire procedente de un conducto directo con un centro especial de producción de oxígeno, se despojó de esa defensa, para poderse sentir durante unos minutos como un ciudadano normal en un mundo normal.Escuchó atentamente la cinta magnética con mi informe, examinó fotografías de los cadáveres, con visible repugnancia y sorpresa, y se enteró de las noticias procedentes del extranjero, tan alarmantes como las propias.Tras todo ello, guardó silencio unos instantes, contemplándonos con preocupación. Su voz se elevó luego, serena y correcta, sin revelar emoción alguna:—Bien, caballeros. Eso significa que la situación es grave.—Muy grave, señor —confirmó el coronel Ritcher.

—Casi desesperada —fue el criterio alarmante del gobernador.Siguió otro silencio. El presidente de Estados Internacionales se agitó en su asiento.— ¿Soluciones posibles? —quiso saber. —Ninguna. —El pesimismo del coronel era demoledor. Pero muy realista, pensé yo.—Cielos... —El presidente humedeció sus labios. Luego me miró á mí—. ¿Y los laboratorios civiles, señor Lehman?—Igual resultado negativo, señor —informé—. El profesor Starkie trabaja activamente en todo esto. Pero no ha conseguido nada todavía.—Ya. —El

presidente mantuvo su arrogante serenidad, pese a todo. Entrelazó sus manos sobre las piernas, cruzadas con lentitud—. Podríamos resumir la situación diciendo que casi todo está perdido ya.—Casi todo, señor —confirmó el coronel.—Sin embargo, aún queda mucha gente a salvo de ese mal...—No tanta como parece. Los contaminados se ocultan. Teniendo en cuenta la explosión demográfica, las represalias en los jóvenes rebeldes y todo eso..., las cifras son un poco confusas y equívocas. Pero yo me atrevería a afirmar que un setenta por ciento de la población mundial... ha sido afectada ya.— ¿Tanto, coronel?—Sí, señor. Resulta evidente el vacío de las ciudades. Mucha gente se oculta en sus casas, es cierto. Pero no existe posible control de ese hecho. Estoy seguro de que muchas casas están ya deshabitadas, y sus moradores se hacinan en escondrijos difíciles de localizar, como esa barcaza, para eludir el exterminio y, de ese modo, ir evolucionando al ritmo que impone su mutación.—Me recuerda cierta clase de larvas —murmuró el gobernador, pálido y estremecido—. Se ocultan y evolucionan... hasta brotar el insecto.—Estos no son insectos, gobernador —replicó el coronel Ritcher—. Son seres humanos. Pero tanto el señor Lehman como yo nos preguntamos *en qué* van a convertirse, siguiendo esa evolución espantosa. Parece lógico suponer que tras la segunda fase terminarán muriendo, descompuestos, hundidos en su propia purulencia. Pero existe una teoría del profesor Starkie, experto en biología aplicada al medio ambiente, según la cual esa mutación no tiene por objeto morir..., sino convertirse en «algo» diferente.— ¿En qué, señor Lehman? —se interesó vivamente el presidente, volviéndose hacia mí, con ojos que centelleaban, llenos de curiosidad y preocupación.—No lo sé, señor —confesé—. A mí también me es difícil imaginar algo peor que lo que ya he visto. Y el profesor Starkie puede equivocarse. Sin embargo, no se equivocó al sospechar que había un segundo grado o fase. Si no se ha equivocado en lo demás..., estamos ante una posibilidad oscura y espantosa de que la contaminación mundial logre dar a luz una nueva especie de monstruos vivientes. Lo que ellos sean... lo ignoro. Y no quisiera llegar a saberlo nunca.—Está bien. De todos modos, vamos a impedir que esto siga adelante —declaró con énfasis el presidente, irguiéndose en su asiento—. Lucharemos con todos los medios a nuestro alcance, estén seguros. Vamos a dar un golpe mortal a esa gente.— ¿Cómo, señor? —se intrigó el coronel.—Usted va a ocuparse de tal operación. Coronel Ritcher, movilice las fuerzas especiales que sean necesarias. Olvide por un momento a esos grupos de

jóvenes rebeldes y concentre sus fuerzas en lo que nos preocupa. Destine nuevas brigadas, cuya misión será registrar viviendas y toda clase de edificios. Hagan rápidos cálculos de gentes desaparecidas, y transmitan los informes a una central coordinadora de la operación exterminadora. Desde allí saldrán con direcciones distintas otros equipos especiales, dotados de armamento nuclear, con la misión de localizar escondrijos de mutantes, y aniquilarlos de forma rápida y decidida. No quiero ni siquiera cadáveres..., a menos que aparezca algún enfermo en su tercer grado o posterior de evolución.— ¿Armas nucleares, señor? —dudó el coronel—. Eso aumentará el índice de polución atmosférica...— ¡Me tiene sin cuidado que aumente la contaminación, coronel! —rugió el máximo mandatario de los Estados Federados—. ¡Lo que importa ahora es aniquilar a esos monstruos, y va a hacerse sin pérdida de tiempo! ¡Quiero resultados rápidos! ¡Hace falta que miles, millones de ellos sean borrados sin piedad de la faz de la tierra! Si es preciso, coronel, haga evacuar las ciudades a los ciudadanos que mantengan su normalidad absoluta, y trasládelos a lugares escogidos, donde sea más fácil su control.—Eso llevará algún tiempo, pero puede hacerse. ¿Dispondré de todo el personal movilizado?—Todo... y más —replicó con rudeza el presidente—. Decrete movilización general. Todo ciudadano está obligado a prestar servicio militar de emergencia bajo sus órdenes directas, coronel. Quien se resista será ejecutado en el acto. Es una orden. Hágala pública lo antes posible.—Me temo que causará problemas con los disidentes, como los jóvenes y los disconformes con nuestra política, señor...—No importa. Pase por encima de todo eso. Adopte medidas radicales. No me importará el número de bajas que ello ocasione, si de algún modo frenamos la expansión de los mutantes. Mientras tanto, sigan buscando una vacuna, un suero, un posible remedio en sus laboratorios. Usted, señor Lehman, ¿qué opina de mis medidas de urgencia?—Si he de serle sincero..., pueden dar resultados parciales. Pero no detendrán el proceso de este tumor que le ha salido a la especie humana en total.—Esa es su opinión solamente. Me gustará poderle replicar algún día que no tuvo usted razón en sus predicciones —sonrió con dureza el político.—También a mí me gustaría que fuese así, señor —convine, encogiéndome de hombros—. ¿Debo vestir el uniforme militar inmediatamente, señor?

• —Usted, no. Es funcionario del Estado, trabaja en el Centro Ecológico. Siga su tarea. Luche a su modo por la supervivencia de nuestra civilización, señor Lehman. Sólo se le

movilizará en teoría, asignándole una graduación militar conforme a su cargo. Eso será cosa personal del coronel Ritcher, a quien nombro comandante en jefe de la Operación Larva. Y digo esto dedicándole el nombre a mi buen amigo el gobernador...

- —Operación Larva... —me estremecí, no sé por qué, mirando de soslayo al gobernador general, que mencionara poco antes a las larvas—. No me gusta eso...— ¿Por qué no? —sonrió el presidente—. Es sólo un nombre clave, Lehman.—Sí, lo sé, pero...Permanecí callado. Tal vez no me gustaba porque había algo en la peregrina observación del gobernador que me había llegado a preocupar e inquietar súbitamente.Larvas...Si había realmente larvas..., ¿qué iba a salir de ellas, cuando se produjese la metamorfosis total?Si lo que yo había visto, en un alucinante y dramático encuentro, eran sólo el proceso del hombre hacia *algo* distinto e inferior..., producía escalofríos imaginarse cuáles serían sus postreras consecuencias.*Larvas...* No, no me gustaba en absoluto el nombre. Y no me gustaba porque lograba inquietarme. E incluso asustarme...El presidente abandonó con aires triunfales nuestra secreta reunión de alto nivel. Sólo una hora más tarde, todos los Estados bajo el mando de la Junta Internacional estaban bajo la ley marcial de urgencia, con movilización general y órdenes severísimas contra quienes se opusieran a tal decreto.La masacre comenzó a media tarde. Fueron localizadas viviendas aparentemente normales y sin novedad donde se iban hacinando ya grupos nutridos de enfermos, de afectados por el mal de la polución.Los proyectiles de diminuta cabeza nuclear dieron rápida cuenta de todos ellos, en una matanza escalofriante, cuyas cifras aumentaban vertiginosamente en las computadoras encargadas de informar a la opinión pública.
- Empezamos a darnos cuenta, angustiados, de que éramos sólo unos pocos, en comparación con el número de afectados, los que nos manteníamos a salvo de aquella epidemia indescriptible.Los más insospechados refugios, desde galerías de los trenes subterráneos hasta pozos mineros y viejos poblados en aparente abandono, resultaron estar ocupados por los desesperados enfermos, todos ellos, casi, en primer grado. Pero fueron aumentando las cifras también respecto a los que alcanzaban el segundo grado. De todas partes llegaban informes que hablaban de algunos casos localizados y comprobados. Su número subía de forma inquietante.Y, de repente, a media noche del primer día de la Operación Larva, nos llegó el terrible y sospechoso informe por télex:

«Comprobado un caso de tercera fase. Es espantoso. Enviamos telefoto urgente.»

Era la seguridad de que había *otra* graduación en la metamorfosis. Los mutantes iban hacia algo que era, sin duda, la total degeneración del ser humano en algo horrible. Pero aún ignorábamos en *qué*...Cuando estaba a punto de llegar la telefoto, y todos rodeábamos, angustiados e impacientes, la máquina emisora de fotografías a distancia, sucedió lo peor.La bomba se anticipó a la fotografía, saliendo de la máquina de noticias el texto sobre papel rojo, como correspondía a una noticia de la máxima trascendencia:

«Presidente Estados Internacionales asesinado. Casa del Gobierno aislada y ocupada por alguien. Soldados atacados. Total desorden en la capital federal. Ignoramos más detalles.»

* * *

El presidente, asesinado.Apenas si hacía unas horas que había estado conversando personalmente con él... y estaba muerto. La capital era un caos indescifrable. Las tropas eran atacadas, no se sabía por quién, y un invasor sin identificar ocupaba la casa del Gobierno. ¿Qué estaba sucediendo en el mundo, entre las oscuras brumas irrespirables de nuestro aire envenenado?La alarma cundió rápida. El coronel Ritcher tomó el mando absoluto de la situación, y situó fuerzas militares en todos los puntos estratégicos de la ciudad, para evitar acaso un posible ataque desde la capital.Se lanzaron proclamas marciales. Desaparecido el presidente, una junta militar de emergencia, con el coronel al frente, se hizo cargo del poder. Las defensas antiaéreas y navales se pusieron en acción inmediata.La lucha contra unos enfermos, se había convertido en una auténtica guerra contra algo que ignorábamos por completo.La transmisión de telefotos se había interrumpido, y solamente obtuvimos una copia borrosa y velada de algo que era imposible de adivinar en la imagen. Todos los esfuerzos de los peritos fotógrafos fueron imposibles, para obtener de aquella copia algo positivo y claro. Sus esfuerzos fracasaron.

Intencionadamente sin duda, una vez transmitida la fotografía, había sido velada desde la propia máquina emisora, con una emisión excesiva de luz, que descompuso los electrones de grabación del positivo fotográfico.En suma, no teníamos nada entre manos. Se intentaría una ampliación, así como una «lectura» de la fotografía a través de una computadora altamente sensible, pero no se tenía la menor, esperanza de que resultara bien.Seguíamos ignorando qué era, exactamente, la «tercera fase» de la enfermedad mutante.Y, mientras tanto, la situación se agravaba por momentos. Tuve noticia de ello cuando estaba reunido con el profesor Starkie y con Jennie, en el Centro Ecológico del Estado, que ahora vigilaba un cordón de soldados, arma en ristre.El trabajo del profesor era intensivo, contra reloj. Profundas ojeras y una acentuada palidez se extendían sobre su rostro, mientras actuaba en el laboratorio, siempre en busca de la anhelada vacuna o suero. Pero todo parecía inútil.El remedio milagroso no aparecía por parte alguna. Nuestro destino, fatalmente, seguía siendo la espada de Damocles, pendiente sobre nuestras cabezas.Si las cifras no mentían —y no había motivo para pensarlo, dado que eran suministradas por fríos cerebros electrónicos, no sujetos a emoción alguna—, éramos cada vez más reducido el número de humanos a salvo momentáneo del mal. Y esas mismas cifras avisaban con elocuencia a todos nosotros, de que era sólo cuestión de tiempo que fuéramos cayendo víctimas de la misteriosa enfermedad.Los que hasta ahora no habíamos sufrido el inicio de la trágica mutación, era simplemente porque el azar nos había respetado. Un día u otro, esa suerte tocaría a su fin.Mientras el profesor trabajaba activamente, ayudado por Jennie, que había vuelto a sus tareas en el Centro, sin conocer siquiera su hipotética luna de miel, yo tuve noticias del agravamiento de la situación.Fue a través del capitán Dekker, el ayudante de confianza del coronel Ritcher. El joven oficial se ocupaba de nuestra seguridad personal y la del Centro, aunque también era el enlace entre los laboratorios civiles y militares, en su labor conjunta y desesperada por conseguir algo.Dekker entró en mi gabinete de trabajo, tras pedir permiso. Dejó su equipo de protección en la cámara profiláctica, y se aproximó a saludarme, con gesto sombrío.

— ¿Algo nuevo, capitán? —indagué. —Nuevo... y

malo. Como todo lo que sucede últimamente.

— ¿Qué es ello? —me interesé, con un repentino desasosiego.—Se trata de los sucesos de la capital federal —habló—. Sabemos quiénes ocupan el edificio presidencial, tras el asesinato del presidente y toda su escolta personal.— ¿Quién? —mi pregunta fue tensa.—Mutantes —dijo—. Los enfermos dominan la situación en la capital.—Me lo temí —suspiré—. Tenía que ser cosa de ellos. Se han unido, ¿eh? Y deben tener armas. Solos, individualmente, no son nada. He podido comprobarlos. Un hombre normal puede abatir a cien de ellos, si lleva cualquier arma. Pero unidos... deben ser temibles. Especialmente si hay muchos.—Las noticias llegadas de la capital, en un mensaje qué se interrumpió a medio transmitir, hacen pensar en eso. Y en algo peor, Lehman. — ¿Peor aún? —me sorprendí.—Véalo por sí mismo —extrajo un papel doblado, del bolsillo de su uniforme—. Es una copia del mensaje interrumpido...Desplegué el papel. Sentí un sudor frío, empapando de súbito mi piel.

«Mutantes ocupan casa Gobierno y asesinaron gobernantes. Están armados y parecen muy astutos y peligrosos. He visto a algunos. Es horrible. Son mutantes en cuarta fase. Y parece ser la última, porque ellos...»

Ahí se interrumpía el informe transmitido desde la capital. Pero era suficiente, aunque su interrupción significara un verdadero desastre para nosotros y nuestro conocimiento de los hechos.¡Cuarta fase!De modo que había aún *otra* fase más, después de la que aquella fotografía velada nos hubiese podido revelar... Y, según el anónimo comunicante, era... *la última.*¿Qué le hizo pensar eso? ¿Qué clase de... de *cosa,* estaba ya en acción, dentro mismo de la residencia del aniquilado Gobierno de los Estados Federados Internacionales?*¿Qué* eran ahora los mutantes, una vez terminado su período de... de larvas? No había respuesta. Quizá la hubiera cuando fuese demasiado tarde. Cuando ellos hubieran ganado la batalla final... y el mundo fuera suyo.Algo, en aquel mensaje, como en el que precedió al envío de la fotografía con el cadáver de un mutante en tercera fase, me impresionaba y sugería lo peor. Aquella corta y significativa frase: «Es

horrible...»Horrible. Estaba seguro de que tenía que ser así, pero... ¿en qué sentido resultaba tan horripilante la mutación final?¿Contra qué o quiénes estábamos enfrentándonos, al luchar por detener la evolución de un mal desconocido y alucinante? Después de la carne putrefacta, el pus, la sangre y las grietas hediondas..., ¿qué había más terrible en la transformación monstruosa de unos seres humanos, vencidos por un mal fantástico y demoníaco?Eso, por el momento, era lo que no tenía respuesta.Me encaminé al vecino laboratorio, para exponerle los dramáticos sucesos al profesor Starkie. Mi amigo estaba en su tarea de siempre, inclinado sobre sus elementos de trabajo, activamente enfrascado en la labor investigadora, más necesaria ahora que nunca. Jennie, cerca de él, anotaba las reacciones de unos cobayas, iniciados en la segunda fase del terrible mal. Observé que dominaba con dificultad su náusea hacia los animalitos, recordando, sin duda, la atroz experiencia de aquel día en el barco.—Profesor, acabamos de confirmarlo —dije—. Existe una cuarta fase. Parece que es el fin de la metamorfosis, aunque por desgracia ignoremos sus resultados definitivos...Starkie levantó la cabeza para atenderme. Dejó su tarea y me miró.El horror me sacudió nuevamente, con fuerza devastadora. Lancé un grito ronco y terrible. Jennie dejó sus apuntes y buscó la razón de mi grito, de mi gesto angustiado, de mis ojos dilatados, fijos en el profesor Starkie...También ella chilló, dejando caer su bloc y su lápiz metálico.El profesor nos siguió mirando, muy fijo. Su voz sonó ahogada, irreconocible:—Lo sé... Lo he empezado a advertir hace un momento, muchachos... —jadeó—. Estoy... estoy enfermo, Cornel... He empezado... he empezado a transformarme, ¿verdad?—Sí —asentí, tambaleante—. Sí, profesor... Usted... usted también... es víctima de ese mal...

CAPÍTULO VII

Nos miramos mutuamente, con infinito dolor y angustia.Supe lo que sufría, el dolor que estaba sintiendo. Físico y moral. Temblaban sus manos, repentinamente hinchadas. Su rostro era una masa adiposa e informe ya. Los ojos le brillaban, enrojecidos. Su boca empezaba a distenderse, en una mueca inhumana... Era un hombre que empezaba a dejar de serlo, presa de aquel mal que iba atacándonos a todos.Y esta vez era él

la víctima. El...Una de las mayores esperanzas que nos quedaban. Acaso la única. Su ciencia no podría ya producir el milagro. Era demasiado tarde. El viejo e infatigable luchador, caía vencido por el mismo enemigo a quien combatió ferozmente en su laboratorio: la enfermedad.—Dios mío... —murmuré, bajando la cabeza—. ¿Qué va a suceder ahora?—Espero que otro logre lo que yo no conseguí... —fueron sus palabras, cada vez más torpes e irreconocibles. Retrocedió, llevándose una mano a la frente. Se tocó, tembloroso. Golpeó una mesa, derribando sus preciados objetos de trabajo. Los miró torpemente—. Me duele... Me duele la cabeza... Mucho... Cornel... Cornel, es... es como si tuviera algo vivo aquí dentro... Un cuerpo que se agita en mi... en mi cabeza... que me aturde... Oh, cielos, qué dolor... qué terrible dolor... Cornel, los... los síntomas... son fuertes... dolores de cabeza... náuseas... y un escozor muy, fuerte en los ojos... La... la sangre parece bullir de pronto en las venas. Luego... luego es un frío intenso el que te domina, con escalofríos intermitentes... Y el maldito... maldito dolor de cabeza...: aumenta y aumenta... Ese algo que parezco tener dentro... me domina, me aturde... Es... es como si dejara de ser yo mismo... Veo todo rojo... Siento algo dentro de mí. Odio, mucho odio... Sé que podría llegar a odiaros tanto a todos... que os mataría... A usted... a Jennie... a todos... Dios mío, no debo seguir adelante... No debo seguir...

- —Profesor, espere aún —traté de retenerle.Me dio un manotazo violento. Me apartó a un lado. Exhaló un gemido largo y ronco entre sus labios babeantes. Se oprimió las sienes con sus manos, y salió velozmente de allí. A la carrera. Tras de mí, el capitán Dekker había asistido en silencio a la terrible escena.Se limitó a extraer del bolsillo un pequeño radioteléfono transistorizado. Me miró y le miré. Supe lo que iba a hacer. No podía evitarlo. Y él tampoco. La ley era la ley.Habló por su radioteléfono:—Atención, patrulla F 22. El profesor Starkie está saliendo del edificio ahora. Ya no es persona a quien deban proteger. Habla el capitán Dekker, control FZ-11. Atención, patrulla F 22. El profesor ha adquirido la enfermedad... Actúen como exige la ley. Es todo.—Entendido, señor —respondió la voz—. Patrulla F 22 ha recibido la orden.Guardó el radioteléfono. Se acercó a mí, con un suspiro.—Tenía que hacerlo, Lehman —se excusó.—Claro —asentí, sombrío, caminando hacia Jennie, que sollozó apagadamente en mi hombro—. No tiene que disculparse. Esto es... es algo inevitable. Es la ley. Y para todos es igual. Si ella o yo... seguimos ese mismo camino, capitán... no vacile. Actúe del mismo modo.—Sí,

Lehman —afirmó el militar—. Pero si, por el contrario, fuese yo la víctima... no se olvide de dar la alarma en el acto. No quisiera convertirme en... en uno de «ellos».—Le creo —suspiré—. Vale más morir oportunamente, a conocer ciertas cosas, capitán Dekker...Abajo, en la calle, sonó una repentina ráfaga de disparos. Jennie se convulsionó. Yo me puse rígido. Luego, todo fue silencio. Se había terminado.—Pobre profesor... —musité, apretando los labios.—Pobres de todos nosotros, Lehman —fue la sentencia amarga del capitán Dekker.Y era él quien tenía razón.Lo supe a ciencia cierta aquella misma noche, cuando llegó el mensaje.Esta vez era un mensaje dirigido a todo el mundo. Lo transmitió la televisión, al producirse la interferencia provocada desde algún punto donde el enemigo controlaba las emisiones hertzianas.Dio la casualidad de que, en ese momento, Jennie y yo asistiéramos a la emisión, donde se estaban transmitiendo instrucciones a la población, y solamente se proyectaban filmaciones militares e informativas, científicas y orientadoras, de la lucha contra los contaminados. De súbito, la proyección se alteró. La pantalla del gigantesco televisor mural se cubrió de líneas zigzagueantes, como una avería ya superada por la moderna electrónica. Y, de repente, una voz, fría y mecánica, se dejó oír, potente y clara, a través de los altavoces, al tiempo que una imagen fija aparecía en pantalla.Era la imagen del cadáver del presidente de Estados Internacionales. La primera fotografía que podíamos contemplar con su cuerpo en tierra, en su propio gabinete de la casa de Gobierno.La voz hablaba, monocorde, implacable, deshumanizada por completo: —Hablamos desde la casa de Gobierno de la capital federal. Hablamos nosotros, los contaminados. Escuchen todos, estén donde estén. Ha llegado la hora final para todos ustedes. Esta es su última noche como hombres normales. Nuestro poder no tiene límites. Hemos vencido. Están viendo a su anterior gobernante, muerto en su propia residencia. Desde aquí transmitimos este mensaje de urgencia, dirigido a todos los que aún no han empezado la mutación en las naciones de todo el mundo.Hizo una pausa. Cambió la fotografía fija. Ante los ojos dilatados y llenos de inquietud y temor de Jennie y de mí, fue una vista de un patio de la casa de Gobierno, repleto de cadáveres de soldados, la que emergió en pantalla. Una fotografía de gran nitidez y tenso dramatismo. La voz continuaba ya, imperturbable, falta de toda posible emoción:— Están viendo a la guardia personal del Gobierno. Ni un solo superviviente. Y ello lo hicimos en escasos segundos. Nosotros, los mutantes, hemos vencido. De igual modo serían arrasados

todos. Pero hemos pensado algo mejor para ustedes. Sí, mucho mejor. No es una venganza, sino una esperanza para todos.—¿Una esperanza? —susurré, estremecido—. ¿Qué significa eso? ¿Qué pretenden decirnos esa... esa «gente» o lo que quiere que sean ahora, Jennie?—Calla —me rogó, muy pálida, apretando mi mano—. Escucha...Escuchamos. La voz implacable era un verdadero mazazo sobre nuestra conciencia:—Hemos logrado lo que ninguno de ustedes consiguió jamás: aislamos el virus. Sí, el virus, han oído bien. Eso es lo que nos ha transformado. Ha sido una metamorfosis costosa, pero ha valido la pena. Costó dolor, amargura, humillación, muerte, sacrificio... Recogemos ahora la cosecha de tanta vergüenza y tanto sufrimiento. De seres humanos hemos pasado a monstruos repugnantes. Luego... la mutación terminó. Y ahora, somos lo que somos. Lo que todos vosotros vais a ser muy pronto. Porque ese virus aislado por nuestros sabios mutantes, tras la transformación, va a ser dispersado a la atmósfera. Lo enviaremos por doquier, en cantidades ingentes. Miles de millones de virus serán transportados por ese aire pestilente y denso que ha sido la obra de nuestra maldita civilización y de sus ciegos dirigentes, y su virulencia aumentará de grado, resultando además totalmente inútiles todos los medios profilácticos o defensivos conocidos. El virus atraviesa incluso ropas aislantes y máscaras antiguas, una vez tratado convenientemente en laboratorio, como así se ha hecho, para potenciar y multiplicar su actividad. Después... la enfermedad os hará conocer lo que nosotros conocimos, para venir a vuestro estado de perfección, que es el nuestro actual. Ahora, podréis vernos, si gustáis. No, no apaguéis los receptores. Por fin vais a conocer a vuestros hermanos superiores. A los que antes fueron humanos, y luego larvaron, en una metamorfosis dolorosa y terrible, para ser... lo que son en este momento.

- Hubo una pausa. Apreté con fuerza la mano de Jennie. Vacilé, mirándola. Me dispuse a apagar el televisor, temiendo lo peor en su imagen.Ella me retuvo.—No —suplicó, con voz quebrada pero serena—. Déjalo. Tenemos que saberlo alguna vez, Cornel. Que sea ahora... de una vez por todas.

- lo dejé.

- El televisor se agitó. Iban a quitar la foto fija. La voz advirtió con cierta fría complacencia, dentro de su helado tono mecánico e impersonal:—Mirad ahora, humanos. Ved lo que seréis cuando nuestras nubes de virus hayan caído sobre todos vosotros... ¡Contemplad a la Humanidad del futuro, la que va a habitar este mundo durante los próximos siglos! ¡Ved a los

vencedores de la miserable yˆ corrompida especie humana! Desapareció la foto fija.De súbito, ante la cámara de televisión, allá en la capital federal, apareció el que hablaba a todos nosotros tan altiva y amenazadoramente.Por fin vimos a un mutante en la cuarta y última fase de su metamorfosis.Jennie gritó. Luego, se desvaneció en mis brazos.Tenía razón para ello. Sudoroso, sintiendo el frío de un horror infinitamente más allá de la vida y de la muerte, asistí a la espantosa presencia de... de «aquello», en la pantalla de mi televisor.

- supe en lo que iba a convertirme, apenas lanzasen sobre nosotros su terrible ofensiva de virus reactivados.

Supe la respuesta a todas mis angustiosas dudas hasta entonces. Supe en qué se convertían los hombres cuando adquirían la enfermedad y no eran eliminados antes de tiempo por las armas de las patrullas militares.

Supe que hay cosas que superan todo lo imaginable y le hacen sentirse a uno atónito ante las fuerzas de lo desconocido, cuando se desafían las reglas y el equilibrio de la Naturaleza, y nosotros mismos rompemos barreras y límites que no estaba previsto alterar cuando fuimos depositados en el mundo por el Creador.

Supe que, tras el cataclismo ecológico y demográfico de nuestro demencial mundo de aquellas décadas finales del siglo XX, tenían que llegar cosas como aquélla. Cosas que estaban fuera del alcance de la humana comprensión, pero que no podían sorprender ya, una vez conducido el planeta a aquella agonía lenta e implacable, en la que hasta los mismos hombres dejaban de serlo para convertirse en... en cosas como aquella que la gigantesca pantalla de televisión mostraba crudamente a una humanidad dispersa, mutilada, agonizante y aterrorizada.

No había por qué sentir odio o asco hacia «ellos». Éramos nosotros mismos. Nos estábamos mirando en nuestro propio espejo. Íbamos a ser iguales, porque ellos fueron antes iguales a nosotros, y éramos los culpables de que cosas así se hicieran posibles.

Pero aun así, no pude evitarlo. Yo sí sentí asco. Y odio. Un odio y un asco profundos y casi infinitos. Hacia ellos. Hacia mí. Hacia todo lo que significaba la palabra humano.

Y contemplé, muy fijamente, con ojos desorbitados, con el rostro acaso lívido como la cera, o del color de la ceniza, aquella imagen

dantesca, alucinante, reflejada en la pantalla, como la suprema victoria de la demencia biológica y de la hecatombe ecológica de nuestro mundo.

Porque lo que estaba contemplando era, ni más ni menos, que… una cristalina forma translúcida, revelando una enorme masa encefálica, surcada de venas rojas y laberínticas, y apoyándose sobre… ¡tentáculos gelatinosos, rematados en manos de numerosos dedos palpitantes y vidriosos!

Un cuerpo que no era sino una especie de fláccida bolsa rellena de masa encefálica, un seso palpitante y alargado, con el soporte monstruoso de aquellos tentáculos de medusa, que parecían gotear una baba espesa y sanguinolenta en el suelo.

En medio de aquella forma alucinante y terrorífica, que nada tenía de humana ya, un par de redondos, enormes ojos humanos, terribles y fríos, sin párpados ni pestañas, miraban fijamente, muy fijamente, hacia la cámara. Hacia nosotros todos. Como la peor y más delirante de las amenazas.

Si «aquello» íbamos a ser nosotros en un futuro inmediato… era preferible morir.

Cuando menos, resultaría mucho más piadoso. Y más digno.

CAPÍTULO VIII

El coronel Ritcher se volvió hacia nosotros.

Había amargura en su rostro. Y decepción. Y una infinita furia impotente. Su voz resonó con angustia en el recinto subterráneo, que un día fuera planeado como refugio para un ataque termonuclear.

—Ya lo han detectado —dijo, mostrando el parpadeo rojo de una amplia y compleja máquina computadora—. Lanzaron el virus...

—De modo que no era una amenaza vana —murmuré, estremecido.

—No, no lo era. Situamos detectores de contaminación atmosférica en el exterior. Acusaría cualquier alteración de tipo virulento que se produjese. Ahí tiene la evidencia, Lehman. Se ha producido esa alteración, y a muy alto grado. El virus llega a todas partes.

—Y convierte a los hombres en... en «eso» —susurré, contemplando la fotografía obtenida por los servicios militares durante la transmisión desde la capital federal.

El coronel afirmó despacio, contemplando a su vez la fotografía. Luego, acarició el arma automática situada ante él, sobre el cuadro de mandos. Más allá, el capitán Dekker controlaba otro computador. Y tenía también un arma junto a sí.

Todos íbamos armados. No para luchar contra los mutantes, sino para aniquilarnos nosotros mismos. Lo habíamos decidido. Todo el que fuese capaz de reaccionar a tiempo, aniquilaría al contrario que empezase la metamorfosis, si éste no tenía valor de acabar con su propia vida.

Habíamos solicitado la presencia del reverendo Mac Darrin entre nosotros. Tampoco él, por su ministerio, iba a librarse del fin masivo de los humanos, pero cuando menos quizá tuviera tiempo de confortar a alguien con unas palabras de fe y esperanza...

El reverendo que nos casara, pocas fechas antes, iba sin duda a pronunciar una oración por nuestras almas, justamente ahora. Todo dependía de la resistencia de aquel refugio a la entrada de agentes externos. Era algo que estaba por ver. Si el virus lograba filtrarse por algún conducto que la radiactividad no hubiera afectado, en caso de explosión atómica, sería nuestro fin irremediable.

Las tropas estaban acuarteladas en refugios atómicos también, y

comunicaban con i nosotros por radio. Hasta el momento, se mantenía una ligera esperanza en todos nosotros. En ninguno de los destacamentos había habido novedad aún.

—Tal vez Dios se apiade de nosotros, y el plan de esas horribles criaturas en que se han transformado las larvas humanas, no prospere al fin —señaló el capitán Dekker, ceñudo.

El reverendo Mac Darrin movió su1 cabeza de lado a lado, dubitativamente.

—Dios es nuestra única esperanza, ciertamente —musitó el religioso—. Pero hemos cometido tantos errores, que temo que sea demasiado tarde pana esperar nada de El... Hemos cavado nuestra propia tumba, sin saberlo. Y hemos sembrado para producir una mutación genética a una especie horrible, surgida de unos hombres que, al deformarse y reventar su físico por completo en una corrupción total, sólo salvaron su cerebro, agigantándose y evolucionando a un estado diferente, frío y deshumanizado. En esos cerebros vivientes, de espeluznante apariencia, sólo hay odio y crueldad ahora. En realidad, no podemos culparles de nada, porque... somos nosotros mismos.

La computadora empezó a funcionar. La radio de uno de los refugios atómicos no emitía ya. Surgió un mensaje programado:

«Base A-10 contaminada.»

— ¡Contaminados! —jadeó el coronel Ritcher, palideciendo. Estrujó la tarjeta entre sus dedos—. ¿Se dan cuenta? Uno de los refugios nucleares ha fallado. Nuestros soldados sufren la contaminación en la base A-10...

—Eso significa... —comencé, estremeciéndome.

—Significa que sucederá igual en todas las restantes, Lehman. Incluso en la nuestra. Estemos preparados, amigos... Lo peor está al llegar.

Nos habíamos dado cuenta de ello. Estábamos aguardando un desastre definitivo. Cuando el virus llegase a nosotros, ninguno podría librarse de su acción. **Nos** tendríamos que matar unos a otros. Y si uno

solo quedaba con vida, ese dejaría que evolucionase su cuerpo hacia aquella repugnante forma actual, infrahumana y aterradora.

En el mundo ya no habría nunca más amor, infancia, bondad, ternura, fe... Muchas cosas se desplomaban con nosotros. Era nuestra culpa. Nuestra obra maldita. No podíamos culpar a nadie.

—Ahora es la base A-4 —habló roncamente el capitán Dekker—. No comunica.

Un momento después, la computadora emitía su informe frío y mecánico: estaba también contaminada.

—Bien, amigos míos... —el coronel nos miró, lívido. Se enjugó el sudor del rostro—. De entre nosotros... ¿quién será el primero?

* * *

El capitán Dekker fue el primero. Emitió un grito ronco, se llevó las manos a las sienes y jadeó:

—Oh, qué dolor... Siento que me arde la sangre... Cielos, ahora noto frío, mucho frío, señor...

Le miramos. Yo conocía los síntomas. Cambié una ojeada con el coronel Ritcher. Y asentí despacio. Ritcher tomó su arma, sin desviar ahora la mirada de su subordinado. Este retiró sus manos del rostro.

La hinchazón y deformidades aparecían ya. Los ojos tomaban un color sanguinolento. En el muro, nuevas luces rojas parpadeaban con intensidad.

—Ya lo tenemos aquí —jadeó tristemente el coronel—. El virus entró...

Y disparó fríamente sobre su amigo el capitán Dekker, con una expresión de profunda amargura. Dekker chilló, mirándole con angustia y sobresalto. Luego, cayó sin vida ante nosotros.

Angustiado, miré a Jennie, temiendo vivir la espantosa experiencia, temiendo tener que matarla a ella también. Jennie me miró, sollozando roncamente.

—No podré… hacerte nada, Cornel… si tú sufres antes que yo el… el… —no terminó siquiera su frase.

Sacudí la cabeza, con un gesto de desaliento.

—No importa —dije—. Lo hará el coronel, si me sobrevive.

No me sobrevivió. Apenas unos segundos más tarde, mientras Ritcher pugnaba por comunicarse con otras bases militares de la ciudad, le vi dominar sus náuseas, y observé dos temblores que le asaltaban. Las venas de sus sienes se hinchaban, y comenzaron a enrojecer sus ojos.

Se quejó, volviendo hacia nosotros su rostro. Creo que se dio perfecta cuenta de lo que le sucedía. Antes de que ninguno de nosotros pudiera hacer cosa alguna, tomó su arma. Yo le apuntaba, en previsión de que intentase algo contra nosotros, en el inicio de su mutación.

Lo que hizo fue girar el arma contra sí. Murió con la dignidad de un buen militar y un soldado que sabe cuándo ha llegado el momento del supremo sacrificio.

Cayó cerca del capitán Dekker y, con auténtico horror, nos contemplamos los tres supervivientes: el reverendo Mac Darrin, Jennie, yo…

—Lo que siga va a ser muy doloroso —suspiró el religioso—. Y difícil, Lehman. Yo… yo no puedo matar a nadie. Ni por acto piadoso siquiera. No me está permitido.

—Lo entiendo, padre. Usted sobrevivirá, sin duda. Será… uno de «ellos» —musitó Jennie. Porque tampoco va a suicidarse…

—No, tampoco. Sea la voluntad del Señor, amigos míos —declaró con serenidad el reverendo—. No me opondré a vuestra mutua decisión, pero la mía está tomada. Si el Señor desea realmente un futuro con seres deshumanizados y sin sentimientos, como castigo a todos los hombres… sea así. Aceptaré su designio resignadamente.

Le contemplamos. El comenzó a musitar una oración, con la mirada fija en su crucifijo. Yo miraba obsesivamente a Jennie. Y ella a mí.

En cualquier momento, uno tras otros, seríamos los tres víctimas de aquel horror irrefrenable. Sólo había que esperar…

—Te amo, Jennie —murmuré—. Y por ese amor lo haré, aunque ello me destroce el alma, cuando llegue el momento…

—Te amo, Cornel —replicó ella dulcemente—. No sé si podré hacerlo…, pero moriré feliz, sabiendo que tú terminas con mi vida para evitarme algo indigno. Espero que sea yo la primara… No podría disparar sobre ti, cariño…

Nos tomamos de las manos. Nos besamos. Era el último y desesperado contacto de dos seres que se amaban, al borde mismo de la Eternidad. O de una suerte aterradora, en un dantesco futuro.

No sé lo que duró aquel beso.

Sólo sé que, cuando separábamos nuestros labios, el reverendo Mac Darrin habló con voz apacible:

—Deberías haber traído aquel vino que creó el profesor Starkie, Lehman… Podríamos tomar un último trago, antes del fin. Como los condenados a muerte.

—El vino… —le miré, con triste sonrisa—. Sí, reverendo. El profesor Sterkie no encontró nunca la vacuna contra ese mal, pero cuando menos nos dejó su excelente vino… Lástima que lo dejara en casa. No creo que ahora nos fuese posible llegar hasta él, ¿no le parece? Tendremos que hacerlo sin ningún trago final…

Asintió él, con una media sonrisa de resignación. Jennie y yo seguimos mirándonos en un trémulo, patético silencio…

—Es raro —dijo después de un largo rato el reverendo.

— ¿Raro? —me volví a mirarle.

—Sí, muy raro, diría yo.

— ¿Qué es lo raro, reverendo?

—Lo que está sucediendo.

Le estudié, pensativo. Miré en torno. Las luces rojas parpadeaban frenéticas. El indicador de alarma oscilaba, con la aguja entre las dos últimas cifras del alerta.

—No parece que esté sucediendo nada —comenté.

—Exacto —asintió él—. *No está sucediendo nada.* Y eso es lo

raro, Lehman. Porque ese indicador montado por el coronel Ritcher señala entre los grados nueve y diez de existencia de virus en la atmósfera de este refugio. Es decir, está esto saturado totalmente de cuerpos infecciosos de ese diabólico mal… y no ocurre nada. ¿Te das cuenta, Lehman? Es como… como si nosotros tres solamente, estuviéramos inmunizados contra el mal…

Parpadeé, sorprendido. Era una idea tan fantástica, que en momento alguno había cruzado por mi mente. Lo atribuía solamente a una mayor resistencia de nuestro organismo a los efectos del virus.

Pero Mac Darrin tenía razón. El religioso había dicho una gran verdad.

Con aquel índice de saturación de virus en la atmósfera… tenía que haber sucedido ya. Y, sin embargo, ni Jennie, ni él ni yo, mostrábamos la menor señal de contaminación.

—Jennie, ¿no notas nada? ¿Náuseas, dolor de cabeza, calor o frío?…

—No, nada —musitó ella—. Sólo miedo. Mucho miedo.

—También yo —refunfuñé. Sacudí la cabeza—. No puedo entenderlo…

—Yo tampoco, Lehman —confesó el reverendo—. No tiene sentido. Cayeron Ritcher y Dekker. Cayeron todas las bases militares protegidas contra las radiaciones. En estos momentos, y en pura teoría, todo el mundo es mutante ya.

—Dios mío… —temblé, sudoroso, bajando la cabeza—. Es cierto. Ya nadie emite…

—De modo que… estamos solos —sentenció el reverendo, levantando sus ojos al techo del refugio, pero sin duda buscando más allá. Mucho más allá de aquella sólida techumbre de hormigón y acero. Más allá de la contaminación que envolvía a la Tierra en un dogal de humo y de muerte. Más allá de las nubes letales… Al cielo. Al auténtico cielo limpio y despejado. O a otro cielo que no podíamos ver.

—Solos… —me estremecí—. Es una palabra terrible.

—Terrible y esperanzadora —señaló él—. Si hemos quedado los tres… significa algo.

—Significa que el fin se aplaza. Sólo eso —susurré, con amargura—. En un mundo que pronto será una masa de... de entes viscosos y como de gelatina, con un enorme cerebro y unos ojos de monstruo..., ¿qué haremos nosotros, humanos aún, salvo perecer a sus manos..., bueno, entre sus espantosos tentáculos?

—Si el Señor dispuso que tres de sus criaturas sobreviviesen, es como si el milagro de Noé se repitiera en el universal Diluvio de la contaminación mortal de nuestro tiempo, Lehman —me avisó Mac Darrin, apretando contra sí su Biblia—. Y entonces, habrá que suponer que sus designios nos señalan a nosotros, quizá, como aquellos que, solos en este planeta, contra un mundo hostil, debemos levantar una nueva Humanidad, empezando desde el principio. Yo, sirviendo al Señor como su fiel siervo y ministro. Empezando a levantar una nueva Iglesia, que es la misma y eterna... Y nosotros, hombre y mujer, Adán y Eva de este Génesis, como tales padres de nuevas generaciones humanas... Cúmplase, pues, la voluntad del Señor, si así lo dispuso...

Cerró los ojos, orando. Creo que Jennie estaba rezando también entre dientes. Y yo comencé a elevar mis pensamientos hacia alguna parte, cuando se me ocurrió algo que, por fría lógica, no podía compaginar con la fe de Mac Darrin.

—Pero reverendo... —susurré—. ¿Por qué nosotros, precisamente? ¿Qué ha sucedido para que, precisamente los tres tan sólo... sobrevivamos sin ser afectados por ese mal? No hemos hecho nada que los demás no hiciesen, no hemos adoptado medida alguna que los demás no adoptaran, no hemos tomado medicina alguna que todos no se aplicaran previamente, antes de caer vencidos por la enfermedad... ¡No puedo entenderlo!

—Las cosas no siempre tienen explicación. O si la tienen, no alcanzamos a advertirla —murmuró el reverendo Mac Darrin resignadamente—. Si ha sido así, limitémonos a dar gracias y tener fe en que algo puede aún salvarse...

—Este sí sería el momento adecuado para brindar con esa copa del vino del profesor Sterkie, reverendo —le recordó Jennie, esperanzada—. Sería un hermoso brindis: por la vida y por la esperanza en un mañana mejor...

— ¡El vino!

Lo grité de repente. No supe casi por qué. Jennie me miró, sorprendida. El reverendo se sobresaltó, estudiándome curioso.

— ¿Qué te ocurre, Cornel? —me preguntó ella, sorprendida.

—Jennie, ahora lo entiendo... —musité—. El vino... Ha sido... el vino...

—Pero... ¿qué quieres decir?

— ¿No lo recuerdas? El profesor Starkie no bebía. No aceptó tomarlo... Sólo nosotros tres: el reverendo, tú y yo... Tres copas de vino artificial, con *bouquet* a buen vino viejo... Un vino de laboratorio, Jennie... Un vino producido por la química del profesor... Acaso un error inadvertido, quizá su mezcla, sus combinados químicos... Estaba trabajando entonces en buscar un suero. Pudo dejar caer por error alguno de los componentes elegidos en ese vino... ¡y se obró el milagro que ni él ni nosotros podíamos imaginar en absoluto!

—Cornel, ¿a qué te refieres? —susurró ella, atónita.

—El vino... Es el suero. Nos salvamos con ese vino, estoy seguro.

—No es ninguna tontería esa suposición, Lehman —aceptó el reverendo, perplejo, dominando su sorpresa—. Sí, estoy por asegurar que eso es lo que sucedió, realmente...

—Una copa de vino de esponsales..., ¡la salvación contra el mal! —Jennie rió casi histéricamente—. ¿No es grotesco, Cornel? ¿No es ridículo, en su propia ironía?

—Evidentemente. El profesor siempre tuvo ante sí la solución para su problema y el de todos... y murió sin saberlo. Sólo un sorbo de ese vino, y la vacuna estaba aplicada. El virus nos ataca aquí masivamente... y nada sentimos. ¡Estamos inmunizados, Jennie! ¡Es la salvación!

—Sí, Cornel, quiero pensar que lo es..., pero me aterra la idea de lo que nos espera fuera de este recinto... ¿Recuerdas lo que es el mundo? Un terrible caos de seres mutantes, que ahora recorrerán las calles, hinchados y deformes, para luego convertirse en... en un terrible engendro de tentáculos viscosos y aspecto horrendo. Ellos gobernarán el mundo, ellos serán los amos de todo, regirán la Tierra... Y entonces, nosotros, sólo nosotros, seremos los monstruos, los anormales. Porque ellos serán los normales.

—Ya lo he pensado, Jennie. Es nuestro gran riesgo. Hemos de luchar como desplazados en nuestro propio mundo. Ocultarnos en alguna parte, lejos de sus ciudades y sus comunidades. Vivir

secretamente, en montañas o en sitios aislados... Tener allí nuestros hijos, inmunizarlos a ellos, y hacer una vida de robinsones perdidos en un océano hostil y feroz. Pero, cuando menos, significa vivir, luchar, tener una oportunidad... Y, sobre todo, significa no vernos mutuamente convertidos en un horror viviente o en un cuerpo que debemos aniquilar, aun amándolo tanto...

—Dicho así, suena hermoso, Cornel, pero ¿cómo inmunizar a nuestros hijos? ¿Cómo conseguirlo ahora, que no poseemos nada?

—Tengo mi propia idea, Jennie.

— ¿Y es...?

—Os la voy a exponer. Confío en que sea factible. Arriesgaremos mucho, es cierto. Pero recordad algo. Ellos no pueden sospechar que hay supervivientes. Ignoran que existe un suero. Esa es nuestra mejor arma, por el momento. Escuchad...

Me escucharon.

* * *

Fue una arriesgada aventura.

Pero había valido la pena. Lo supimos al llegar a mi vivienda, nuestra vivienda de tan cortos días de matrimonio, habiendo salvado el encuentro con muchos mutantes, por las lúgubres calles de la ciudad.

Había bastado mi plan para conseguir lo que poco antes parecía inconcebible. Un buen arreglo de nuestros rostros, un maquillaje adecuado, con manchas violáceas y grises, con goma bajo nuestras mejillas y dentro de nuestras fosas nasales, habían hecho el milagro.

Mezclados en la bruma apestosa de la urbe, moviéndonos con la misma simiesca torpeza que los demás, nadie reparó en nosotros. Eran cientos, millares de mutantes en primera fase los que se lanzaban a las calles, en auténtico jolgorio de emancipación. Ahora se sabían los amos de la ciudad, del mundo. Nada ni nadie se oponía a su existencia. Los soldados, ahora, eran también parte de «ellos». Se abrazaban y felicitaban mutuamente.

Tuvimos que aceptar algunos horribles abrazos, dominando nuestras náuseas, antes de arribar a la vivienda. Allí, nos ocupamos en buscar la preciada botella de vino. En mi pequeño laboratorio personal, analicé el producto minuciosamente, seleccionando sus componentes y dosis exactas.

Anoté todo ello, y cargamos con el vino y con la fórmula, así como con todos los componentes químicos adecuados, una vez en el almacén del Centro Ecológico del Estado, vacío totalmente de personal.

Con todo ello, nos alejamos el reverendo Mac Darrin, Jennie y yo, hacia otros objetivos minuciosamente estudiados. Almacenes de alimentos, de agua potable, de medicinas, de ropas y de cuanto podíamos precisar para una larga temporada de aislamiento total, lejos de las criaturas espantosas que iban a gobernar de allí en adelante nuestro miserable mundo contaminado.

Un vehículo aéreo, accionado por motor eléctrico de batería nuclear, nos sirvió para abandonar sigilosamente la gran urbe en poder de los mutantes.

La densa atmósfera contaminada, nos engulló, camino de alguna parte donde poder vivir escondidos, ignorados por el gran adversario.

Estaba seguro de que terminaríamos hallando ese lugar.

Y, finalmente, lo hallamos.

* * *

Una isla. El mar, en torno. Peces muertos, flotando eternamente, despidiendo su hedor nauseabundo. Un pequeño e ignorado atolón del Pacífico, alejado de las habituales rutas marítimas que, cualquier día, podían reanudar aquellos monstruos de pesadilla, gobernantes actuales de la Tierra.

Con nosotros, un aparato receptor de radio nos mantenía en relativo contacto con el mundo exterior, del que debíamos vivir alejados, dentro del atolón, refugiados en una jungla sin animales, donde la vegetación agonizaba bajo el peso denso de la atmósfera contaminada, allí en menor grado que en otros puntos del globo.

Construimos un refugio bien disimulado en la espesura enfermiza, y fue a la vez capilla para Mac Darrin y alojamiento para nosotros.

Allí nacieron nuestros hijos. Y no nacieron deformes ni mutantes. El suero del profesor Starkie logró el milagro La supervivencia humana tomaba más cuerpo aún. Un miedo oculto, a lo que pudiera suceder con nuestra descendencia, se fue alejando, a medida que los niños nacían, dando a la vida nuevas criaturas de la especie humana.

Recuerdo que cuando había nacido el cuarto niño, el reverendo Mac Darrin vino a darme la noticia, con un destello extraño de luz en sus ojos.

—He captado una emisión europea, Lehman —me dijo.

— ¿Europea? —le miré, como preguntándome qué diferencia había ahora entre unos continentes y otros, para añadir luego—: ¿Y bien? ¿Qué novedad hubo en eso?

—Emitían un mensaje de urgencia, reclamando la atención de todos los ciudadanos. Y hacían promesas sobre la posibilidad de que los laboratorios consiguieran criaturas de tipo artificial, procreadas en tubos de ensayo, para suplir la gran mortandad y la ausencia de descendientes entre los nuevos seres inteligentes en que se convirtieron los hombres. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sí —afirmé, esperanzado—. Significa que no pueden procrear… y que mueren con rapidez.

—Exacto. Las cifras de mortalidad, por lo que oí, son elevadísimas. Es evidente que la nueva especie imitante no funciona. Su vida debe ser breve. Y si no logra producir vida en sus laboratorios… se extinguirán con el tiempo.

«Era sólo una esperanza —pensé—. Pero una hermosa esperanza, después de todo.»

CONCLUSION

Fue más que una esperanza.

Una nueva emisión, cosa de meses más tarde, me reveló que hasta dos tercios de la población mundial de mutantes había fallecido, y un importante contingente agonizaba en sus nuevos núcleos de comunidad. Su vida se cifraba entre cuatro y cinco años, a juzgar por los datos, entre el momento de la metamorfosis y su extinción.

Al parecer, habían sido crueles, despiadados con ellos mismos, dictando leyes de una ferocidad sin límites, quizá por deformación de su propia mente, llena de humanos defectos. Ciertamente, la evolución biológica de los contaminados no fue a mejor, ni mucho menos.

Los experimentos para crear vidas en los laboratorios, eran un fracaso. Habían obtenido embriones cuya existencia no se prolongaba más allá de un par de semanas.

Todos los indicios señalaban que, en menos de tres o cuatro años... el mundo estaría virtualmente vacío.

Eso era terrible, demoledor. Pero era infinitamente mejor que imaginarlo habitado eternamente por aquella nueva especie viviente en que el hombre había degenerado por su propia culpa.

Y, después de todo, era nuestra gran esperanza.

Un día, dentro de ese período de tiempo, nos aventuraríamos a salir del atolón con nuestra aeronave, para recorrer algunos puntos del planeta, y comprobar si, finalmente, era posible alojarse en otro lugar, y con menos temor, abiertamente ya, en un mundo que, por desgracia, nos pertenecería totalmente, tras quedarse vacío de existencia humana.

Los índices de contaminación, ante la ausencia de industrias y

consumo —dos términos absolutamente tabú para las nuevas criaturas —, parecían ceder con alguna celeridad, y eso también resultaba esperanzador.

Lo cierto es que, por primera vez en mucho tiempo, nos sentimos optimistas.

— ¿Sabes una cosa? —me dijo Jennie—. Estoy esperando otro niño, Cornel...

—Es maravilloso —asentí, feliz—. Vamos a necesitar muchos para que el mundo comience a ser de nuevo el que fue... Y cuando menos, esos pequeños serán los terrestres del mañana. El principio de otra nueva vida. El Génesis de hoy, como dijo el reverendo Mac Darrin...

Elevé mis ojos al cielo. Pude ver, por primera vez en mucho tiempo, jirones de azul tras de las nubes.

Pude pensar que eso era el mejor de los indicios. Que todo iba a comenzar nuevamente, y las cosas serían como antes, aunque a un precio elevadísimo.

—Mientras nos sirva de lección a todos... —murmuré, viendo corretear a mis hijos por la jungla que parecía ir floreciendo lentamente de nuevo.

Y pedí a Dios que, cuando menos, fuese así.

Que el hombre, en el futuro, ese hombre que dependía solamente de Jennie y de mí, no aprendiera nada de lo que fue nefasto y negativo para sus antecesores, y el ejemplo de la historia del siglo XX, fuese la mejor lección para el hombre de mañana.

Yo me encargaría de inculcarles esa lección. Lo demás, se lo diría lo que ellos mismos iban a ver con sus propios ojos, en cualquier lugar de la Tierra.

Luego, serían ellos quienes decidieran sobre su comportamiento en el porvenir...

Era lo único que podíamos hacer nosotros, los que, a fin de cuentas, no habíamos llegado a ser contaminados por completo...

FIN